REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, JUNIO 30 DE 1934 — No. 47

VISTO y OIDO  La Silla de Montar y el Degüello  por PREMIANI



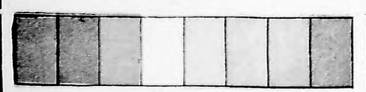
UN SÓLO CUERVO DESTRUYE EN UN AÑO CERCA DE UN MILLÓN DE INSECTOS.-

UNO DE LOS USOS QUE SE CONSIDERABAN PROPIOS DE UNITARIOS EN TIEMPO DE ROZAS ERA EL DE LA SILLA DE MONTAR. TODO FEDERAL EMPLEABA RECADO CRIOLLO





ALFONSO V DE ARAGÓN, REY DE NAPOLES, EN GUERRA CON FLORENCIA, LE OTORGÓ LA PAZ A COSME DE MÉDICIS A CAMBIO DE UN CÓDICE DE LAS OBRAS DE TITO LIVIO.-



EN 1840, HOFFMANN DESCUBRIÓ LA ANILINA

LAS ARAÑAS TIENEN SU TELÉFONO. ES UN HILO QUE LAS COMUNICA DESDE SU CUEVA CON SU TELA. POR ÉL SABEN SI EL OBJETO QUE HA CAIDO EN LA TELA ES UN INSECTO O UNA BROZA. SÓLO SE MUEVEN Y SALEN A BUSCAR SU PRESA CUANDO ES UN INSECTO.-





CUANDO LOS HINDUES ESTÁN DE LUTO RIGUROSO, SE AFEITAN LAS PATILLAS



HACE AÑOS EN SIBERIA SE REGISTRÓ EL MAYOR DESCENSO DE TEMPERATURA; 84 GRADOS BAJO CERO.-

DOS SOMBRAS Y TRES CABEZAS

POR

DESMOND MAC CARTHY

ILUSTRACION DE GÜIDA



ROBERT Harby y Thomas Pargiton, habían sido muy amigos en su juventud; pero luego, esta amistad se interrumpió por más de veinte años. Al salir ambos de Cambridge, eligieron juntos un alojamiento en Londres. Tenían que abrirse camino en el mundo: pero mientras que Harby hubiera preferido un buen empleo o una carrera segura, al porvenir incierto que se les presentaba, Pargiton, espíritu aventurero, se mostraba encantado con ese ...tado de cosas. Este último se vió pronto envuelto en algunos ...tos que Harby consideró mezquinos, por no decir ilegales. No ... pena cuando, una mañana, su amigo le informó bruscamente ... podría seguir viviendo en "semejante cuchitril" y se mudó ... lujoso piso en un barrio moderno de Londres. Después de ...arby fué viendo cada vez menos a Pargiton. Una vez vió su ... en los periódicos, mezclado en un caso de "chantage".

...obert Harby, mientras tanto, fué empleado por una firma ... y pronto llegó a ser socio de la misma. Esa casa había ...do recientemente al comercio, una serie de guías y gran parte ...s utilidades que rindió su venta, muy lucrativa por cierto, le ...espondió a él. Estas actividades requerían frecuentes viajes al ...anjero, en los que Harby alternaba la diversión con los nego..., y fué en uno de estos viajes que, después de veinte años en...tró a su amigo otra vez.

Una lluviosa tarde de febrero, Harby, que recién llegaba a Dieppe, miraba la calle a través de la ventana de su cuarto y vió a un hombre alto, de traje marrón, que compraba caramelos en un kiosco. Su figura le pareció vagamente familiar, pero cuando el hombre se alejó para distribuir entre un grupo de niños, lo que había comprado, creyó que se había confundido. El hombre de traje marrón rengueaba notablemente al caminar. Ahora parecía dirigirse al hotel en que se alojaba Harby. Era, no; parecía que no. ¡Sí! ¡Era Pargiton! La generosidad que había presenciado Harby, no era un rasgo típico de Pargiton, ni lo era, tampoco, el vivir en un hotel comercial en lugar de hacerlo en uno más lujoso. Además, Pargiton no era rengo. Sin embargo, Harby estaba seguro de que se trataba de su viejo amigo, pero fué más por curiosidad que ...ecto que d...endió las escaleras para dirigirse a su encuentro. ... pudo ver la cara del hombre que acababa de entrar (el ...el estaba muy mal alumbrado) fué directamente hacia él y ...or su nombre. Era Pargiton. Y Pargiton se mostró ale...o. Patéticamente alegre, pensó Harby al acostarse. aque... Al otro día, en el tren que lo llevaba a Francia, recor... conversación que sostuvo con Pargiton, se sorprendió al ... lo poco que su amigo le refirió acerca de los últimos ...os. Le contó, eso sí, que había heredado la fortuna de su ... mayor, que estaba comprometido con una viuda cuando ...la muerte. Ahora, el hijo de la viuda se educaba en un co...e Oxford, a expensas de Pargiton.

...o le había hablado directamente de su hermano. Harby se ...ibió de que esto lo hacía por lealtad, lealtad complet... ...perada, puesto que antiguamente solía referirse a él en tér...nos parecidos a "el imbécil de mi hermano". En cuanto a su ...enguera (una pierna era decididamente más corta que la otra) fué ...mpletamente lacónico. Se había resbalado en el hielo, fracturán...se el muslo. Ultimamente estaba viviendo en una casita, en ...reenwich, para ahorrar dinero, pues pronto dejaría sus negocios ... hijo de la viuda. Le pidió a Harby que fuera a verlo a menudo. ...vía solo y odiaba a los nuevos amigos; pero con los antiguos ... diferente. Estaba, ciertamente, muy cambiado.

La estadía de Harby en Francia duró varios meses, durante los cuales recibió varias cartas de Pargiton. Cerca del final de su permanencia allí, un telegrama le comunicó que Pargiton se le reuniría en seguida, pero al día siguiente recibió otro que decía: —"Todo bien. No es necesario que te molestes. Espero ansioso tu respuesta". Harby no tenía idea de que su amigo lo hubiera "necesitado" alguna vez. Quizá le hubiera enviado alguna carta anterior al telegrama y se hubiera perdido. Dos días después recibió una carta que, aunque lo confundió todavía más, aclaró por lo menos ese punto:

"Querido Robert: Temo que mi anterior (de modo que había existido otra carta) te haya hecho pensar que yo daba demasiada importancia a un asunto que no la tenía o que mi cerebro me estaba fallando. Estaba muy alarmado cuando escribí. El hecho es que yo he experimentado los mismos síntomas anteriormente, pero nunca estando el año tan avanzado. Creía que ya lo había pasado felizmente, cuando descubrí de pronto que alguien había estado marcando mis libros, en una forma que me hizo temer el encontrarme solo, motivo por el cual te escribí pidiéndote que vinieras. Sucedió que, estando en mi biblioteca, me dispuse a releer la Apología de Newman. No sé si recordarás ese pasaje que relata, como en uno de sus solitarios paseos, el Preboste de Oriel, dijo, mientras pasaba saludando: "nunquam minus solus, quancum solus". Bien. En mi libro, esas palabras aparecieron subrayadas con tinta roja. Tú dirás que yo las habría subrayado y luego, olvidado. Pero yo nunca marco mis libros y nunca tuve tinta roja en casa. ¡Nunca menos solo que cuando solo! Puedes imaginar lo mucho que esas palabras me alarmaron. Febrilmente saqué otro libro y fui volviendo las páginas, una a una. Allí no había nada marcado: pero al hojear mi Wordsworth, opuesta a la línea: "Esa mirada interior que es la dicha de la soledad", la palabra "dicha" estaba escrita por mi propia mano y marcada por mi irónico signo de admiración. Creí que quizá yo mismo hubiera escrito esto durante el sueño o algún estado semiconsciente. Pero atiéndeme: el sábado a la tarde me di cuenta de que no podía permanecer solo y telegrafié a un empleado mío, buen muchacho, pidiéndole que pasara dos noches conmigo, en Westgate. Se cometió un robo en casa. Me llevaron camisas, una esponja, pijamas, todo en una valija mía también. Ese día había tomado un paseo con Sparling, mi empleado, y el aire del mar me hizo mucho bien. Al día siguiente te envié mi segundo telegrama. Volví el lunes a Londres, con Sparling pero le pedí que volviera a Greenwich a pasar la noche conmigo. Las sirvientas nos recibieron con la noticia del robo. Encontraron mi dormitorio ... revuelto, el domingo a la mañana y comunicaron el hecho a la policía. El agente que estaba de turno aquella noche, era nuevo en su tarea. Dijo que había visto salir a un hombre, con una valija, a eso de las 22 horas, pero que no le había prestado atención. Ahora viene lo más extraordinario del caso: el mismo agente vino a verme para hacerme las preguntas de rigor y cuando entró a la salita noté en su rostro un gesto de sorpresa. Se recobró al momento y adoptó una expresión bastante insolente. Cuando le pregunté llanamente a qué se debía su actitud, contestó con un aire de perdonavidas:

—Espero que Vd. aclarará este asunto. No parece un caso para la policía.

Me quedé más confundido que antes. Me dirigí al aparador y convidé al hombre con un whisky and soda. Esto enterneció un poco al agente, que agregó, disculpándose:

—Bueno, señor, la persona que yo ví salir con la valija no caminaba con facilidad, precisamente.

Al oír esto, el vaso tembló tanto en mi mano que tuve que apoyarlo en la mesa. Traté de convencerlo, en la mejor forma posible, de que yo esa noche la había pasado en Westgate, con un amigo. Se apercibió de mi agitación y sonriendo con una benevolencia irritante, replicó:

—Algunos caballeros encuentran cómodo el estar en dos sitios al mismo tiempo. Buenas noches, señor.

Me dejé caer, atontado, en un sillón. No sé cuánto tiempo estuve así. Los sucesos recientes giraban dentro de mi cabeza. ¿Me quedaría en casa o sería mejor que me alejara? Verás por el sello de la carta, que decidí volver a Westgate. Pasé muy malos momentos cuando entré al hotel. Tenía un miedo horrible de llegar a ver mi valija entre el equipaje de los recién llegados.

Robert, después de un alejamiento tan prolongado, no me animo a pedirte que dejes tus asuntos y te vengas conmigo; pero si los viejos tiempos todavía significan algo para ti, no me abandones. Si no lo haces por afecto, hazlo, al menos, por compasión. ¡Me siento tan seguro en tu compañía!

Debo referirte que, estando en Westgate, tomé un libro de la biblioteca, para distraerme un tanto. Era un tomo de Shakespeare. Lo abrí en cualquier página y encontré, subrayadas, estas palabras:

Será corto: el interés es mío.
Y la vida de un hombre no es más que una.

No me atreví a seguir volviendo las páginas".

Debajo de la firma: Pargiton, aparecía esta postdata: "Aun no te he contado todo".

Al terminar de leer la carta, Harby llegó a la conclusión de que Pargiton había perdido la cabeza. Pero, como tenía que volver a Inglaterra por sus negocios, telegrafió a su amigo, diciéndole que se le reuniría en Westgate. Partió al otro día. Durante el viaje releyó muchas veces la carta y no acertó a explicarse el porqué de todo lo que le acontecía a Pargiton. Cuando desembarcó en Dover, la primera persona que divisó entre la multitud fué Pargiton, que lo saludó levantando la mano. Volvieron directamente a Londres. En el viaje, fallaron todos los intentos de ambos para entablar conversación. Además, la presencia de otras personas impedía las confidencias. Llegaron a Greenwich. La casa era pequeña, como lo había explicado Pargiton. Estaba rodeada por altos y viejos árboles. La salita le pareció muy bonita a Harby. Las paredes estaban cubiertas de estanterías conteniendo libros. Pargiton se dejó caer en un sillón, con un suspiro de alivio.

—Sé que creerás que yo soy feliz aquí. Bien. Seré feliz durante el tiempo en que permanezcas conmigo. Quisiera que no me dejaras tan pronto.

Decidieron caminar un poco antes de acostarse. Cuando estaban en el camino, Pargiton, tomando del brazo a su amigo, dijo:

—¿Notaste mi postdata? Creo que ahora puedo contarte todo. Mis asuntos marchaban muy mal y yo me encontraba bastante apretado. La muerte de mi hermano me salvó. ¿Recuerdas a mi hermano? No, naturalmente que no, pero recordarás mis conversaciones acerca de él. Nunca lo quise, pero preferiría que no hubiera muerto. — Hizo una pausa.

—Lo que me preocupa... la preocupación que te dejé entrever en mi carta es... yo estoy seguro... y no lo estoy... Mi hermano murió ahogado. ¿No lo supiste por los diarios? Se ahogó una vez que patinaba sobre el hielo. Estaba conmigo... Fué algo terrible.

La avenida desembocaba por un camino abierto, plateado por la luna. Los ojos de Harby estaban fijos en el suelo. Experimentaba ese incómodo sentimiento que se apodera de nosotros cuando algún amigo trata de hacer una confesión penosa.

—Fué terrible — comenzó de nuevo Pargiton —. El hielo se quebraba debajo de sus pies, mientras hacía desesperados esfuerzos por sostenerse.

Pero Harby apenas oía sus palabras. Su mirada seguía clavada en el suelo; las dos sombras proyectadas en el camino, tenían, fuera de dudas, tres cabezas.

—Fué culpa mía — continuó Pargiton, tratando de leer en su rostro —. Lo desafié a una carrera. Si no hubiera sido porque resbalé y me rompí la pierna, me hubiera hundido yo también.

Parte de la sombra se alargó y un par de hombros apareció bajo la cabeza suplementaria. Harby sintió que Pargiton le apretaba el brazo.

—¿No entiendes? — preguntó en extraordinaria tensión —. Fué culpa mía, en parte. ¡Por Dios, hombre! ¿Qué te pasa? Escucha, escucha: me parece ahora que es posible que... me tortura la sospecha de que yo sabía que el hielo, cerca de la otra orilla del lago, era muy delgado.

Otra vez apartó Harby la vista para fijarla en el suelo. Estaba por señalar la sombra cuando una nube cubrió a la luna. Quizá todo hubiera sido imaginación, pero allí en el fondo de su corazón, algo le decía que no era así. Por otra parte, Pargiton ya había hecho su confesión, tan completa como se sintió capaz de hacerla. Ambos volvieron a la casa.

No era aborrecimiento lo que sentía Harby por Pargiton; y si lo era, estaba mezclado con un sentimiento de lástima. Cuando se despidieron, al irse cada uno a su cuarto, Pargiton le dió un apretón de manos que lo hizo sentir molesto, al paso que aumentó su deseo de partir al día siguiente.

Estuvo mucho tiempo desvelado, preguntándose si sería correcto abandonar a Pargiton. Podría inventar cualquier excusa, pero ¿sería decente ese proceder?

Comenzaron a dejarse oír todos esos pequeños ruidos que la noche trae consigo. Una y dos veces, mientras sus pensamientos giraban en torno de Pargiton, creyó que había oído, no el temido paso de su amigo por las escaleras, sino un extraño, tenue, repiqueteante sonido. Dos veces encendió la luz; pero al concentrar su atención el ruidito cesó. Por último sin notarlo, debió de dormirse, pues se encontró a sí mismo parado en una extensión de hielo negro. Ya había salido la luna y una blanca niebla se divisaba rodeando el lago. Alguien esperaba allí, en dolorosa agonía: pero Harby no hubiera podido decir si era él mismo o algún otro, porque parecía ser él a la vez el hombre que esperaba y la invisible persona que contemplaba la escena. Otra vez sus oídos percibieron, muy suavemente al principio, aquel sonido repiqueteante y tenue al mismo tiempo. Se iba acercando ahora. Y Harby notó, mezclado a él, el sonido típico de los patines al deslizarse sobre el hielo. Se vió patinando velozmente. De pronto, de entre la niebla que se extendía delante de él, oyó un crujido y un grito. El eco parecía flotar aun en la habitación, cuando con mano temblorosa encendió la luz.

La puerta fué abierta violentamente y apareció Pargiton. Estaba vestido todavía, pero Harby sólo prestó atención a su cara. El hombre estaba de pie, inmóvil, con la boca entreabierta. Harby corrió hacia él, lo tomó de la mano y lo acostó en la cama; pero Pargiton no pronunció una sola palabra hasta que su compañero dijo:

—Voy a buscar a un médico.

Entonces el enfermo dijo con esfuerzo:

—Es inútil.

—¿Cuál es el nombre de tu doncella?

—Bertha.

Sin moverse del lado del enfermo, Harby gritó el nombre. Después de un rato aparecieron dos consternadas mujeres, con un tapado encima del camisón.

—Deseo que se vistan en seguida y busquen al médico más cercano. El señor está mal. Díganle que traiga algún sedativo, algún calmante. ¡Pronto!

La media hora siguiente fué la más terrorífica en la vida de Harby. Por un momento, el enfermo permaneció tranquilo; de pronto, levantó un dedo como indicando a su compañero que prestara atención, y se incorporó en la cama, mirando fijamente a través de la puerta abierta. Harby se lanzó hacia ella, pero mientras cruzaba la habitación, le asaltó el temor de que algo le impidiera cerrarla por completo: tan claramente expresó la mirada de Pargiton la presencia de "algo" en el umbral. Presa de terror, le dió un violentísimo empellón con el hombro, cerrándola con un golpe que conmovió el edificio entero. Poco después llegó el médico y el sonido de sus pasos en la escalera produjo en Pargiton una especie de locura. Muchos esfuerzos tuvieron que hacer los cuatro para sujetarlo. Por fin consiguieron inyectarle una dosis de morfina que le proporcionó alivio inmediato. Al día siguiente fué conducido a un instituto para alienados.

Para Harby fué una felicidad indescriptible encontrarse de nuevo en sus propias habitaciones. Se acostó, extenuado y despertó de un sueño que tranquilizó en gran parte sus nervios. Ese mismo día telegrafió a su viejo amigo que se había casado con una animosa y buena mujer y que vivía rodeado de hijos de todas las edades, rogándole que le permitiera pasar unos días en su casa. La petición fué calurosamente recibida y Harby tomó el tren inmediatamente de recibir la respuesta. Los amos de casa quedaron atónitos al ver los estragos que se habían producido en el aspecto del huésped, pero, discretos, no preguntaron para que Harby se restableciera. La primera noticia que recibió, referente a Pargieon (había dejado instrucciones para seguir siendo informado) le comunicó pocas novedades, excepto que el estado del paciente se consideraba grave. La segunda, decía que ya no era víctima de los ataques, siendo, sin embargo, su estado físico, alarmante:

"Mi querido Harby: He disfrutado ayer y hoy de una paz de espíritu que no experimentaba hacía mucho tiempo. Yo sé lo que me ocurre y tú también, aunque los que me cuidan no están enterados. Sé, además, que el día de mi liberación está cercano y confío en que no llegará demasiado cruelmente. He pagado mi horrible deuda: mi muerte no es sino un pequeño resto que aún debo. Lo peor ha pasado: pero quisiera que tú, viejo amigo, supieras lo que he tenido que soportar. Quizá esto te ayudará a considerar más caritativamente al hombre a quien habrás colocado, con justa razón, entre los más ruines. A pesar de lo incompleto de mi confesión, en Greewich, tú adivinaste la verdad. Me apercibí de ello al observarte cuando subías las escaleras, para irte a dormir, aquella noche; cuando no te volviste para mirarme, comprendí que había perdido tu simpatía. Esto me descorazonó mucho. Me fuí a la salita y después de tomarme un whisky me senté en ese gran sillón que está frente al espejo. Sentía un gran deseo de reparación. Formaba planes para el muchacho y su madre — la mujer con quien mi hermano iba a casarse — y para tí. La persecución que yo había venido sufriendo, no provenía de mi hermano, seguramente. He sido perseguido por alguien que tiene tanto derecho a ser yo mismo como el Pargiton que tú conoces, pero que me resulta horriblemente repulsivo y a quien, cada intento mío por desprenderme de él, le presta mayor poder. No fué hasta qu me propuse ayudar a la viuda y a su hijo, que me apercibí de su existencia. Nunca se acercó tanto a mí como esa noche, cuando te fuiste a acostar.

Cuánto tiempo permanecí en el sillón, haciendo propósitos de enmienda, no podría decirlo. Quizá me dormí. Imágenes de vida futura desfilaban por mi mente. Pronto se vieron interrumpidas por un ruido proveniente de la puerta del jardín. Pensé que ya era demasiado tarde para que alguien viniera a visitarme. Fué el próximo ruido el que hizo latir con fuerza mi corazón: alguien caminaba por el sendero de piedras hacia la casa. Un rengo aprende a reconocer demasiado bien el ritmo de sus propios pasos, especialmente si, como yo, acostumbra a hacer paseos solitarios. Un paso pesado, el sonido de un bastón, un paso liviano y luego el pesado, de nuevo. ¡Harby, aquellos pasos eran los míos!

Oí el ruido de mi propia llave dando vueltas en la cerradura. No pude apartar los ojos de la puerta: intenté cubrírmelos, pero no conseguí levantar la mano. El picaporte comenzó a girar y la puerta se fué abriendo despacio.. ¡No entró nadie! Aterrorizado, dirigí una mirada en torno del cuarto y entonces divisé una horrible cara. ¡Era la mía! ¡Oh, alivio! Descubrí que era mi propia cara que se reflejaba en el espejo. Ese rostro salvaje era el mío y míos también eran esos ojos desencajados. Estaba solo aún.

Pero el profundo alivio que me produjo ese descubrimiento, no duró. Mientras me contemplaba en el cristal, la figura reflejada en él, sonrió. Llevé la mano a mis labios para convencerme de que yo también sonreía y ¡la imagen no repitió el gesto! No puedo describir el terror que se apoderó de mí. Las manos se adelantaban, desde el espejo, para alcanzarme. Oí un gran ruido. He de haber caído, seguramente. Cuando recobré el sentido me encontré parado en la puerta de tu cuarto. Tú conoces el resto.

Sé que mi fin está muy cercano. He escrito a la que iba a ser esposa de mi hermano, relatándole porqué y en qué forma se me ocurrió empujar a mi hermano hacia el hielo quebradizo. Naturalmente, he dejado para ella y para su hijo todo lo que poseía.

Si quieres verme, ven".

Cuando Harby leyó esta carta, telegrafió diciendo que estaría a su lado esa misma tarde; pero un telegrama que se cruzó con el suyo, le informó que Pargiton había muerto, durante su sueño, la noche anterior. Harby se preguntó cuál habría sido su último sueño. Tenía una expresión muy pacífica y muy rígida, en el ataúd, pero las caras de los muertos no nos refieren nada.

Muestras sin Valor

★

Un Hombre Como hay Muchos

Conocí a Nicolás Zapata en un mostrador de boliche. Supongo que no se me reprochará. Nicolás Zapata no es hombre para ser conocido en una "boite" afrancesada. Es el hombre imprescindible del clásico mostrador de zinc. A pesar de andar relativamente limpio, siempre hay en él reminiscencias de manchas de vino y penumbras de bodegón salpicadas de eruptos.

Ni la verdad ni la mentira son necesarias en una charla con Nicolás Zapata, porque, afortunadamente, mi amigo no es hombre de ideas propias.

Casi siempre lo encuentro en su posición semivertical que corta la línea horizontal del mugriento mostrador del bodegón. Cuando Nicolás Zapata permanece silencioso ante el vaso a medio vaciar no hay que torturarse pensando en qué piensa: Nicolás no piensa en nada, y las raras veces que se le ocurre, lo hace en voz alta:

—Vea, amigo, yo...

(No describo las dimensiones fotográficas del personaje, porque el dibujante — antítesis de Nicolás Zapata — como hombre de ideas propias, lo presentaría siempre en forma distinta a la imaginada por nosotros, lector).

A veces, bajando misteriosamente la voz y llenando las pausas con amplios ademanes lentos de alcoholizado, mi amigo me dice:

—En confianza, le viá decir, amigo: tanto conservadores, como radicales, como...

El hipo agrio estira las vocales. Yo me esfuerzo mentalmente ayudándole a largar las palabras que no le salen, pero él las suple con una sonrisita, y en los ojos turbios le brilla la intención que no alcanza a decir su lengua trabada y, quizá, ni pensar su cerebro empantanado, y agrega:

—Usté me comprende, ¿no?

Evidentemente Nicolás Zapata es un hombre como hay muchos. No tiene nada de extraordinario.

★

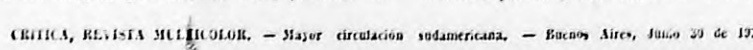
La Niña que Está de Novia

No es ni fea ni bonita. Es la muchacha que está de novia. Yo sé que todos han conocido y conocerán en alguna época de la vida a la niña que está de novia. Es la misma que en la calle vemos sonreír sin motivo y que nosotros — hombres acorralados por tantas sonrisas distintas — miramos suciamente intrigados. Pero, casi, casi, es fácil distinguirla de las otras pobres muchachitas que no etán de novias: en ella hay sonrisas hasta en las puntas de los dedos.

El día que aprendamos a distinguir a la niña-novia yo me atreveré a decir: Hemos aprendido a conocer toda la tristeza y toda la alegría de la vida.

(Basta. Dejemos esta estampa como está. No le pongamos ni una línea de esa filosofía tonta que acostumbramos. ¿Acaso lo necesita la felicidad de la niña que está de novia?)

VICENTE BARBIERI



Genghiz Khan, Emperador del Mundo

POR WILLIAM BUCKLEY

Ilustración de Rechain

[P]OR el año 1227, es de-[cir], hace de esto siete [si]glos, se extinguía la [v]ida del más grande conquistador del mun-[do: Gen]ghiz Khan. Hace algún [tiempo e]l famoso profesor y ex-[plorador] Karloff, luego de pro-[lijos] estudios, anunció el ha-[llazgo d]e la tumba de dicho gue-[rrero,]cerca de Khara Korum, [l]a "la ciudad muerta", en [el de]sierto de Gobi. Más tarde [el] descubrimiento fué denega-[do,]pero no totalmente, ya que [se c]omprobó que el profesor [Kar]loff había estado ejecutando [e]xcavaciones en la cordillera [d]el Altai, antiguo mausoleo de [tod]o de los Khan, y cuyo nom-[bre] Karloff no habría estado muy [lej]os de acertar. Esto hace pen-[s]ar ahora si este mausoleo es o no donde fué enterrado Genghiz Khan.

Los historiadores antiguos sostuvieron grandes polémicas con respecto al verdadero lugar en que estaría ubicada la tumba, pero, finalmente, Marco Polo afirmó que ello ocurría en las montañas deAltai, al Noroeste de Khara Korum. Esto es lo más posible, ya que en el sitio descubierto por el profesor Karloff se hallaron algunas cosas del Gran Conquistador.

Un dato histórico de gran importancia, y al cual quizás muchos permanezcan ajenos, es que el imperio de Genghiz Khan fué más grande que los de Napoleón y Alejandro. Tan es así que la semilla que sembró lo sobrevivió a él mucho tiempo después de su muerte.

Como guerrero mostró un arriesgado valor en las 20 guerras sostenidas, y como gobernante una refinada astucia en la opresión de 40 reinados. A pesar de sus armas, de construcción lógicamente primitiva, las pérdidas de vidas con que azotó al mundo excedieron a las causadas por la gran guerra mundial.

Comenzó su serie de grandes conquistas partiendo de un triste desierto rodeado de pinos; poco después sus armas se apoderaban detoda Asia y se internaban más allá de los bancos del Dneipper. El trasladó a los turcos otomanos de su lugar de origen, hacia el Norte de Asia; luego los hijos de éstos continuaron sus conquistas llevándole a Rusia bajo su gobierno, prometiéndole al mismo tiempo dirigirse hacia Polonia y Hungría.

Luego, a consecuencia del desalojo de los turcos del Asia, fué capturado en Constantinopla, desde donde los escolares griegos lo llevaron al Occidente de Europa y le obsequiaron o condujeron a la restauración de la literatura, conocida como el Renacimiento. A raíz de todo eso, según los modernos libros de historia, la invasión tártara sobre Rusia no fué sino una calamidad que ni se debiera mencionar.

En realidad, la historia reconoce a Genghiz Khan como a uno de los pocos personajes cuya vida tuvo gran influencia sobre el mundo.

Desde el momento de su nacimiento, en 1162, el présago anunció la llegada de un Gran Conquistador. Este descendía de una raza fuerte, cuyo nombre había sido derivado de audacia.

Cuando sobrevino la muerte de su padre, el pequeño contaba sólo 13 años. Esta circunstancia fué debidamente aprovechada por sus vasallos que, comprendiendo su inexperiencia, cayeron sobre él y lo vencieron, obligándolo a refugiarse en el palacio del Gran Khan de Keraites, ex aliado del autor de sus días. Según las crónicas árabes contemporáneas, el joven poseía nobles maneras y aspecto altivo. De su apariencia personal poco se conoce en realidad: era alto, su cabeza inclinada un poco hacia un costado, de cara atractiva y físico de aspecto poderoso. Esto fué suficiente para que una hermosa princesa, hija de su protector, se enamorara de él.

Aunqueen ese tiempo el amor no absorbía su atención, pues se hallaba ocupado en multitud de cosas, decidió satisfacer el gusto de la princesa, casándose con ella. Desde ese momento comenzó a brillar con luz esplendorosa su carrera. Fué nombrado primer ministro de los dominios del Gran Khan de Keraites y comandante de todos sus ejércitos; ganó batalla tras batalla y pudo así tomarse la venganza sobre sus antiguos vasallos, derrotándolos ampliamente. Entre sus enemigos vencidos había un galán, antiguo pretendiente de su esposa, con la que llegó a tener relaciones. Este frecuentaba la casa del Gran Khan quien, a su vez, le dispensaba su amistad: aprovechándose de ella y valiéndose de cuentos y malas artes, logró desalojar de su envidiable situación a Genghiz Khan, enemistándole también con el padre de su cónyuge. Un hijo del Gran Khan fué prontamente nombrado en su reemplazo. En vano la princesa protestó ante su real padre la inocencia de su marido. El plan para capturarlo y matarlo ya se había argüido. Pero prevenido Genghiz Khan por su bella esposa logró huir, con unos pocos soldados adictos. Se refugió en la selva y valióse de una estratagema; encendió fogatas y dejó centinelas haciendo guardia en el campo, al que él abandonó. Sus perseguidores, creyendo sorprenderlo, avanzaron en conjunto hacia la celada, cuando Genghiz Khan, que los atisbaba desde su escondite, cayó sobre ellos, produciendo enormes bajas en sus filas y dispersándolos en todas direcciones, en medio de un gran pánico. El despechado galán y el joven hijo del Gran Khan viéronse obligados a huir, refugiándose en el palacio real.

Con este resultado, tan halagador para él y sus soldados, se apresta a hacer frente a una sucesión de guerras que, al parecer, eran inevitables. Para fortalecer sus filas escogió a los habitantes descontentos del desierto y, además, reunió a su lado a los que habían sido enemigos durante su juventud. Marchó así con este ejército, absolutamente revolucionario, resueltamente contra el Gran Khan. A pesar de todo Genghiz Khan mostró cierto escrúpulo al atacar a su antiguo protector, por eso antes dedar comienzo a las hostilidades envió un mensajero, ofreciéndolela paz.

Pero el alocado hijo del Gran Khan, sin duda azuzado por el despechado galán, consiguió persuadir a su padre de que rechazase la propuesta. Y entonces comenzó la guerra entre ambos. El resultado fué funesto para el Gran Khan, que cayó ampliamente derrotado y fué degollado; la barba arrancada de su cara por los vencedores.

Cuando Genghiz sólo contaba 40 años de edad, le fué conferido sobre Temudjin el título de Gran Khan. El sentido literal de este título era "El poderoso Khan".

La ceremonia fué brillantísima y casi única por su esplendor. Genghiz Khan aparecía sentado sobre un trono de oro, con incrustaciones de piedras preciosas, el cual descansaba en una plataforma que hacían punta tres escalones. Sus más célebres prisioneros fueron pasados por delante de él, para que lo admiraran. Entonces se arrodilló elevando una plegaria al cielo, en acción de gracias, por haberle dado fuerzas para drrotar a sus enemigos

Repentinamente, de entre un grupo de personas, surgió un anciano y se adelantó unos pasos, declarando: Que era el enviado de Dios para conferirle el título de Ghengiz Khan y que su destino era encaminar a los pueblos, agregando, además, que sus progenitores serían ilustres. El que esto decía era un hermitaño que había visto cumplidas todas sus profecías.

Cuando Genghiz Khan hubo leído su mensaje, saludó nueve veces el nombre Genghiz, que consideraba de buen augurio.

Luego tomó lugar delante del altar del sacrificio y elevó una súplica al Creador del mundo para que guardase su vida y acrecentase la gloria de sus descendientes, como así la de sus tribus

A raíz de sus indiscutibles victorias en todas las guerras, pronto se le conoció con el pomposo título de "El guerrero invencible" o "El azote de Dios". Dividió su ejército en secciones o compañías batallones y divisiones, sirviendo de ejemplo para la organización militar de nuestros tiempos. Su disciplina fué siempre muy severa, tanto el general como el soldado raso eran castigados por igual.

Donde sea que fuere que él conquistase una ciudad, dejaba que su ejército procediera a voluntad y cuando los habitantes criticaban esta actitud Genghiz Khan les decía: Ustedes sí que han cometido graves faltas y sus jefes y directores son los peores criminales que existen sobre la tierra y como prueba de todo esto les diré que yo soy el "azote de Dios" y si así no fuera Dios no me permitiría castigarlos.



Cuando dejaba el sitio de alguna ciudad, los aldeanos de los distritos cercanos eran reclutados, como también las mujeres, los niños y ancianos y obligados a marchar con la avanzada de las tropas, donde se les trataba inhumanamente. A los jóvenes se les alistaba en las filas, las que adquirín de este modo un carácter internacional, tal era el conglomerado de razas. Luego se les transportaba a todos a la Mongolia, que era en ese tiempo el centro de Asia.

Las mujeres hermosas fueron distribuídas entre la soldadesca y los ancianos e inútiles decapitados. En cierta ocasión fué dada la orden de destinar todo lo que se encontraba al paso, como ser plantas, animales y seres humanos. Era tal el terror de los pueblos que en cuanto se enteraban de la proximidad del mongol se dispersaban en todas direcciones y en en otras oportunidades se hacían matar sin oponer resistencia.

Cierta vez Genghiz Khan preguntó amigablemente a sus generales: ¿Cuál es la felicidad más grande en la vida? A lo que le contestó uno de ellos: Cazar en Primavera. ¡No! replicó secamente, el placer más grande es derrotar a los enemigos, humillarlos delante de todos ustedes, mostrarle a sus seres más queridos bañados en lágrimas y ensillar sus caballos estrechando en sus pechos a las esposas e hijos. Así sin ninguna lástima ni contemplación llevaba la guerra a una conclusión lógica, pero bárbara.

Luego que la provocación de guerra quedaba cerrada, buscaba rápidamente motivo para otra. De esta suerte cuando deseaba por cualquier causa una lucha con China enviaba al emperador de dicho país un embajador, aduciendo por parte de uno de sus asesores o súbdito, falta de respeto al referirse a la raza mongol. Por consiguiente su enviado debía dirigirse deliberadamente en forma hosca y provocadora.

El secreto de Genghiz Khan residía en sembrar el terror en todas partes; con esto nosotros no debemos desestimar su genio militar... Su estrategia fué una permanente contribución en el arte de las guerras. Hizo uso de líquido inflamable e inmensas catapultas. Tenía en sus filas ingenieros habilísimos, que mostraban su pericia tanto en hacer volar una mina como en minarla, desviar ríos o corrientes y provocar inundaciones.

Sin embargo el carácter de Genghiz Khan en ese tiempo no era de lo peor. Tenía tan sólo cuatro esposas legales y cuatro reinas reconocidas. Vivió bien su vida es decir, sin privaciones, de los pocos vicios que había evitado uno fué la bebida. Fiel defensor de la moderación, afirmaba que si un hombre no podía privarse de beber, por lo menos no debía hacerlo sino tres veces por mes

Más que el peso de los años, el torbellino de su agitada vida fué minando su cuerpo y un día presintió que su muerte estaba cercana; entonces trazó planes para extender su imperio por medio de las armas, planes estos que él estimó de una duración de treinta años. Reunió luego a sus hijos exhortándolos para que la unión y la paz reinaran entre ellos.

Sobrevino su muerte, a los 60 años de edad, en Shansi; su cuerpo, depositado en un cajón de madera, sobre una carpa de campaña, fué llevado secretamente a Mongolia. La escolta mató a toda persona que salió al paso del cortejo, según se dijo, para que no existieran testigos sobre esta muerte; pero otra versión asegura que era un ofrcimiento a su alma en el otro mundo. Además cuarenta nobles y hermosas mujeres al propio tiempo que numerosos caballos ricamente enjaezados fueron ofrendados con el mismo fin. Un cortejo tirado por nueve caballos de cola negra, desfiló en medio de una lúgubre atmósfera, en tanto que un poeta entonaba esta fúnebre canción:

Circuló en el aire sobrebio como un águila. Tropezó y cayó como un potro herido. ¡Oh, mi rey.

★

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks









ENTRENAMIENTO MONOSILÁBICO.







LOS ANTEOJOS DEL GIGANTE



















Alarme a sus Amigos

(A) Una versión infiel de cierta famosa leyenda dice Midas, rey de Frigia, fué transformado en oro. Su Majestad pesaba 70 kilos; el oro, entonces como ahora, valía 3.000 pesos el kilo. ¿A cuánto ascendió el precio del rey después de la orificación?

(B) Una reunión de diez amigas toca a su fin. Al despedirse, cada una de ellas besa a las demás. ¿Cuál es el total de los besos?

(C) Un sobretodo, un bastón y un sombrero valen juntos 140 pesos; el sobretodo vale 90 pesos más que el bastón y el sobretodo y el bastón valen juntos 120 pesos más que el sombrero. ¿Cuál es el valor de cada uno?

(D) Si al infinito le restamos el infinito ¿qué residuo nos deja?

(Las soluciones en la página 5).



LINYERA AL HOMBRO

POR

JOSE REMO SUFRITTI

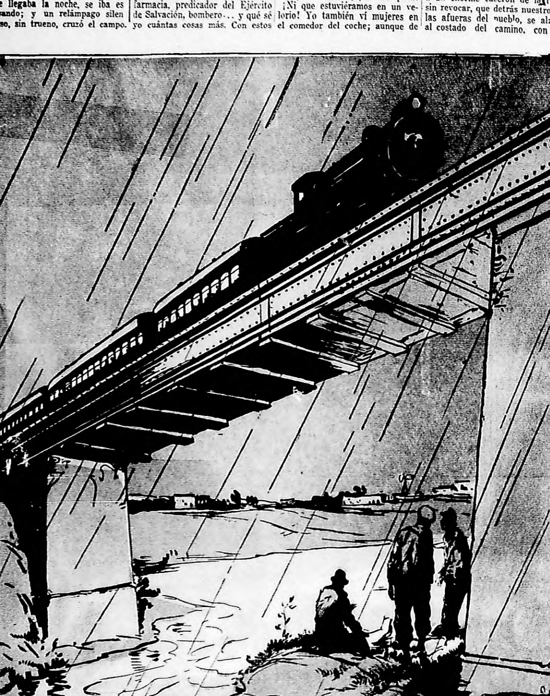
ILUSTRACION DE PEDRO DE ROJAS

■

ESTABAMOS refugiados debajo del puente de Villa Casilda aquel Invierno tan luvioso. Habíamos llegado la noche anterior, en un "Especial de Haciendas" después de recorrer casi todo el Norte y Oeste de la República, en busca de trabajo. En Río Cuarto, nos metimos debajo de la lona de una chata con fardos y sin hacer más que algunas paradas en los cruces peligrosos, llegamos a Casilda después de veinte y tantas horas de encierro; y suerte que pudimos encajarnos allí, evitándonos una mojadura. ¡Qué garúa más fría! y no llevaba miras de parar. Al fuego teníamos que cuidarlo como a un enfermo. Ráfagas de viento entremezcladas con llovizna se arremolinaban debajo de la alcantarilla y nos castigaban el cuerpo y al menor descuido, intentaban llegar hasta las brasas que, con yuyitos, papeles y trapos, y después de gastar casi todos los fósforos, pudo Romert, el inglés, hacerlo brillar en la tristeza del ocaso.

El campo de un violeta oscuro, se extendía en suave declive hacia el Oeste con una que otra mancha de verde, y hacia el Este, las bandadas de patos y gallaretas, semejaban pedazos de barro suspendidos en el aire.

La cortina de agua, a medida que llegaba la noche, se iba espesando; y un relámpago silencioso, sin trueno, cruzó el campo.



—¡Jesús nos ampare! — exclamamos a un tiempo; y, mientras esperábamos la caída de alguna centella, nos persignamos los tres.

La noche cerró por completo la línea del horizonte. Un perro ladraba en la distancia, allá, e nalgún rancho perdido entre el misterio de las tinieblas, y la luz de la garita del señalero se recortaba apenas entre las sombras del terraplén; y la lluvia, el frío y la soledad, nos azotaban despiadadamente.

—¿Qué horas serán, muchachos? — preguntó Romert.

—No alcanzarán a ser las ocho — contestó Lucas el chileno, agregando luego Romert:

—¿Con qué contamos para el lastre?

Yo, que era el encargado de las provisiones, abrí el "mono" y extraje unas cebollas, un paquete de sal, media botella de aceite y un frasco con yuyos de condimentos: orégano, laurel y otros mejunjes.

—Lo que hace falta es pan, un buen asado, o... una gallina; aviven el fuego; dentro de un rato estoy de vuelta, si no caigo preso; por si acaso, me llevaré los documentos, hasta luego muchachos; y defendiéndose con el poncho de la fina garúa, a pasos rápidos y seguros se dirigió hacia el pueblo. Otro relámpago enorme, iluminó el campo, y a su luz divisamos el bulto de un hombre, saltando los alambrados; volvió a cerrarse el horizonte, y Lucas y yo nos dedicamos al fuego.

—Hagamos una defensa con ladrillos, sino, nos quedamos sin brasas; vea, che Rosarino, si la vista no me engaña, junto a la garita hay unos cuantos refractarios, dése una vuelta a ver si pilla unos que nos van a venir de pelo.

Los doscientos metros que nos separaban, los hice a la carrera, envuelto en la lluvia fría y taladrante, que se metía por la espalda haciéndome estremecer.

De los tres, era yo el más joven. Nos había unido el infortunio que allanó rápidamente diferencias de nacionalidades y otras cosas.

Lucas el Chileno era un gran tipo. Le conocí una noche del año trece. Nos bastó tan sólo cambiar unas cuantas palabras para sentirnos camaradas. Cayó al Rosario en un barco de la línea al Paraguay donde trabajaba de foguista: al segundo viaje desertó, desde entonces ambulamos juntos. En su país había tenido posición cómoda. Era hijo de una familia millonaria; varón único en un hogar de cinco mujeres, quienes se habían empeñado en que Lucas fuese abogado, médico, ingeniero, político, cualquier título, aunque no lo usufructuase. Y de ese empeño de la familia, y de su poco afán en tener alguno de esos títulos, nació mi desgracia; —pero ¿qué digo? prefiero dormir al raso, comer cuando haya— solía afirmar Lucas, antes que someterme a los deseos de figurar con un título que maldita la gracia que me haría...

Romert, aunque nacido en Inglaterra, era un viejo conocedor de los campos nuestros; linyera crónico desde el año seis o siete, había ejercido miles de profesiones; no había puente, alcantarilla, cruce, desvío o estación en todas las líneas de ferrocarriles del país, que él desconociera. Y en las ciudades, ¡lo que no había hecho! Corredor de novelas, ayudante de farmacia, predicador del Ejército de Salvación, bombero... y qué sé yo cuántas cosas más. Con estos dos grandes camaradas y profundos conocedores de la vida, inicié mi aprendizaje por los caminos del mundo.

El fuego ardía de lo lindo cuando apareció de vuelta Romert; venía con dos enormes paquetes de pan y carne.

—Pero colega, ¿a qué se debe tanta abundancia? ¡Se ha traído una cooperativa de consumos!

—Es que hubo reparto de víveres en la Intendencia con motivo de la visita del Gobernador; llegó ayer.

—Lo mismo que nosotros. ¡Qué coincidencia!, dije yo.

—Sí, pero con la diferencia que él vino en tren especial y de lujo, y nosotros, en especial de haciendas — contestó Lucas.

—Traigo "La Prensa también, ¡qué trabajo me costó conseguirla! y ya se han disparado los cañones sobre las ciudades belgas que impiden el paso del ejército invasor.

—¡Humanidad estúpida! se van a matar sin ningún beneficio...

—No, Chileno; no creo que los trabajadores de Europa se maten como carneros entre ellos; lo que me parece es que se van a sublevar y le darán el "gran Te con leche" a los capitalistas...

—¡Qué ingenuo es usted, Remo! Yo también a su edad pensaba lo mismo, mas luego me convencí de lo contrario; vea compañero, mientras haya gente que por distracción asesinan pájaros, castigan a los perros y a los niños, no reinará la paz sobre la tierra. ¡Somos muy bestias los hombres, pero muy bestias!

Atendamos al lastre ahora, que es lo más importante; después discutiremos, cortó Romert, y envueltos en el tibio resplandor de la fogata al amparo de nuestras linyeras, que nos defendían las espaldas de la persistente llovizna, empezamos a dar cuenta del asado...

Un rumor lejano, como redoble de tambores, y el aullido cortante, agudo, extenso del pito de un tren en carrera, hizo estremecer los travesaños del puente.

—Allí viene el rápido, ojo con las chispas de la caja de fuego; saquemos las linyeras, advirtió el inglés.

Agazapados a un lado del terraplén, aguardamos el paso de aquel tren envuelto en las tinieblas de la noche. Y avanzaba la locomotora, como un barco en tormentosa mar, castigada de frente y a los flancos por la fría lluvia.

—Viene echando chispas la muy guapa; y parece un barco cortando el oleaje del Pacífico; — exclamó Lucas —, si hasta el farol rojo del furgón lo hace semejar a un Tramp luchando contra la borrasca — agregó el inglés.

Un rechinar de hierros, ruedas, y un temblor que se extendió a lo lejos, pobló un instante el silencio y la desolación de aquel campo; y aun seguimos con la mirada prendida en el furgón de la cola, hasta que la garúa plomiza y compacta, nos borró del paisaje.

Acomodamos de nuevo los "monos" junto al fuego, y en silencio, con cierta inquietud y desasosiego, finalizamos la cena.

—¡Pero ché! ¿Qué les pasa? ¡Ni que estuviéramos en un velorio! Yo también ví mujeres en el comedor del coche; aunque de refilón nomás; ¡pero no es para tanto!

La observación de nuestro compañero no carecía de veracidad. El Chileno y yo, a la vista de ese coche iluminado, en el sombrío cuadro de la noche, sentimos la misma angustia; y sin necesidad de explicaciones, con sólo mirarnos, nos dimos a pensar en la infancia, en el hogar; en la tibieza de una cama calentada pornuestras madres... en tantas cosas sugeridas al paso de un tren!... ¡Y la noche, el frío y la soledad, nos parecían más despiadados que nunca!

Lucas nos dió la espalda, quizás temió entristecernos más; y yo, fingiendo una necesidad apremiante, me dirigí hacia los alambrados.

Esa noche me tocaba a mí hacer la guardia mientras mis dos compañeros, sentados sobre las linyeras y envueltos de pies a cabeza en los ponchos, dormían. Avivé el fuego, con unos yuyitos que tenía reservados en la bolsa, pues el frío del alba apretaba recio, y para combatir el tedio, empecé a leer el diario.

—"¡Somos muy bestias los humanos" — La afirmación del Chileno la tenía allí a mi vista, en las páginas del diario; desde la primera hasta la última, estaban llenas de comentarios sobre cuantos cañones tenía cada nación beligerante, el peso de las balas, la velocidad de los destroyers, el coraje de sus soldados...

¡Veinte siglos de prédica perdidos en un instante de locura! ¿Entonces para qué Nuestro Señor Jesucristo derramó a torrentes la bondad de su corazón? ¿Y los Congresos Pacifistas? ¿Y las organizaciones proletarias, qué hacían?... y una vergüenza profunda, lástima y rencor, que no podía explicar contra quién, se apoderó de mí. El fuego corría el peligro de apagarse; hice trizas el diario y se avivó la llama; Lucas, asomando la cabeza por la abertura del poncho, me preguntó:

—Che, Rosarino, ¿cómo sigue el cabronazo tiempo?

—Malo, compañero, el viento se ha puesto del Sudoeste y tendremos agua para muchos días aún

—¡Sí Señor se apiade de nosotros! — murmuró apenas—y escondiendo nuevamente la cabeza, siguió durmiendo; y la lluvia, el frío y el viento, continuaron con más fuerzas al querer despuntar la mañana. Apenas si clareó con un débil fulgor mortecino por el lado de Rosario; y el campo apareció inundado, triste, envuelto en una bruma violácea, sucia y barrosa.

★

La luz tibia del sol, nos calentaba esa mañana después de tanto tiempo sin verse.

—¡Al fin apareciste, condenado! ¡Vaya con el niño! ¿Por dónde habrá andado? no tiene fuerzas ni para hacer cantar a un ciego.

Las observaciones de Lucas nos hicieron reír; en Chile los ciegos cantan hasta por dos centavos; y en verdad, parecía que el sol, hubiera perdido las fuerzas.

Esa mañana al romper el alba, había cesado la persistente luvia. El cielo se iba limpiando de la bruma a medida que avanzaba el día. El sol asomando por detrás de unas parvas, alumbró de lleno a un enorme caserón de ladrillos sin revocar, que detrás nuestro, en las afueras del pueblo, se alzaba al costado del camino, con un gran farol rojizo, suspendido sobre la puerta, que seguía brillando a la luz solar.

—¡Qué galante el Astro, va a saludar a las muchachas del "convento"! — dijo Lucas.

—Y que bien poco lo ven; solamente ahora, que se irán a dormir — contestó el inglés.

—Che, Remo, nos vamos a ir de este pueblo, y usted no lo conoce todavía.

—No, Lucas; me dan lástima las mujeres que caen a la campaña; son el rezago de las ciudades, lo último; lo que hasta los marineros rechazan.

—En ésta, sin embargo — continuó Lucas — hay varias sujetas atractivas; una especialmente, tiene medio revuelta a la población; es una porteña graciosa, bastante culta y agradable, yo no me explico cómo ha venido a caer en esto; me da la sensación de una planta de nardos en un chiquero. ¡La vida, eh, la vida! tiene también sus cosas; alcánceme otro mate, Remo; me estoy poniendo en filósofo, y eso resulta ridículo frente a las — y como si hubiera recibido un golpe en la nuca, agachó la cabeza, y clavando la vista en el fuego, sorbió el mate.



El inglés extrajo la caja de las labores y empezó a zurcir unas medias, haciendo un comentario jocoso respecto al estado:

—Tienen más agujeros que un colador, voy a ver si las vendo, para zarandear arena.

—Voy al pueblo — dijo Lucas. — ¿Qué traemos para el lastre?

Se hizo una banca de un peso, y en ella iba incluída la compra del diario.

El sol, ayudado por un Pampero que tomaba fuerzas, corría las nubes hacia el Noreste, y el campo, los árboles, los yuyales resecos a los costados de la vía, las chacras y quintas, todo, tomaba otro aspecto; y hasta nosotros, nos sentimos más nuevos y alegres. Nos parecía que con tanta lluvia y el barro que nos tuvo sitiados tanto tiempo, nos hubiera ensuciado el alma.

Al regreso de nuestro compañero con las provisiones, y mientras preparábamos el almuerzo, hicimos balance. Nos quedaban seis pesos con quince centavos. Si el tiempo continuaba así, en una semana estarían los caminos secos, y podríamos rumbear para otros pagos; o bien, tomar el primer tren de carga que nos viniera a mano.

—Están armando un tren de cereales para Retiro. ¿Quieren que tiremos para el Sud? — dijo Lucas.

—Lo que usted y el inglés dispongan, yo acepto.

—Vamos hacia Buenos Aires — contestó éste —, yo conozco bien aquello, en cuanto pise sus calles, hasta los adoquines me van a saludar; ¡Si habré pateado cuando fuí corredor de novelas, el año diez, y también cuando fuí inspector de seguros, y cuando fuí... he hecho tantas profesiones que ya ni me acuerdo! — y quedó resuelto rumbear para el Sud.

El sol alto, limpio y brillante, se derramaba sobre nuestras pilchas, puestas a secar en los alambrados.

—¡Qué día estupendo, colegas! ¡Cuánta belleza allá en lo alto! Dios nos oiga y nos dé una Primavera macuca. ¡Vaya un cabronazo Invierno que hemos tenido! ¿A cuánto estamos del mes?

—A cuatro de setiembre — contestó el inglés sin levantar la vista del diario.

—¿Y qué hacen los pobres de Europa; empeñan las armas o las herramientas? .

—Se matan estúpidamente; y para mejor ilustración, oigan esto que les voy a leer: Lyon, setiembre. — Hoy ha sido un día de gran entusiasmo en esta ciudad. Enormes masas de obreros de ambos sexos recorrían las calles al son de La Marsellesa, pidiendo a gritos un puesto en el frente.

Y esta otra noticia, escuchen: Viena, setiembre 2. — Un caso elocuente de hondo patriotismo dieron hoy los alumnos de un internado catlico, formado por jóvenes de catorce a diez y ocho años. En el instante que pasaban varios regimientos cantando frente al colegio, abandonaron los hábitos y se unieron a los soldados llevando un cartel enorme que decía así: ¡Queremos morir por el Emperador y la Gloria de la Nación! ¡Viva la Guerra!

—¡Qué macanudo! Sí que vamos bien! Vean, muchachos — afirmó Lucas — de esta hecatombe no se van a salvar ni las ratas; se hundirán en el fango más inmundo, los más caros ideales! ¡Y y que no haya una voz pura, valiente, sana, sublime, que condene tanta barbarie!

—Cuarenta hombres en Alemania, sobre sesenta y tantos millones, y una sola en Francia; de allá es esta noticia que dice: El conocido escritor Romain Rolland ha tenido que huir hacia Suiza para librarse de las iras del populacho enfurecido, y partidario de la guerra, que intentó quemar sus libros, y castigar al artista por sus valientes escritos en contra.

—¡Varón lindo — ¡Ese sí que es un gran artista de verdad! — exclamaron con entusiasmo Lucas y el Inglés; y yo desde aquel día, sentí una profunda veneración por la obra toda de ese artista.

¡Setiembre de 1914! Tenía yo apenas diez y nueve años. Finalizaba aquel terrible Invierno, y la proximidad de la Primavera se notaba ya en todo lo que nos rodeaba: cielo, sol, nubes, pájaros, yuyos. Aquí, allá, diseminadas a lo largo del campo, pintaban las primeras flores silvestres, semejando una bata roja, azul y amarillenta, engalanando a la Tiera. Los charcos de agua límpida y cristalina, reflejaban la pureza del aire, diáfano y sereno; las orillas se poblaban de aves, que se zambullían dando gritos, como queriendo también ellas, impregnarse del cielo estampado en la bruñida superficie. Baló un ternero a lo lejos; el mujido de la madre contestándole, se extendió hasta perderse en los yuyales; y hacia el Este, por el lado del Paraná, enormes bandadas de pájaros se dirigían a las Islas, a formar de nuevo sus nidos. Aquí, en América, en los campos, en los cielos, en los astros, todo era Paz, Dulzura, Amor... Y en Europa, en las ciudades, en las fábricas, en los colegios, en todas partes, sólo se escuchaban el fragor de las armas y los gritos de los inconscientes que pedían un sitio en la matanza; y las voces de protesta y condenación, y entonces, las palabras del Maestro: Amaos los unos a los otros, no repercutían en ningún corazón? Y desde entonces, para mí, el único que sintió de verdad la vergüenza del Asesinato Legal, fué el gran artista Rolland.

Chisporroteó el fuego con la brazada de abrojos que le arrojamos, y en la pureza del aire vespertino, las chispas que saltaban hacia arriba, parecían fragmentos de estrellas. Mis dos compañeros preparaban la cena, y el sitio en que pasaríamos la última noche; yo me dirigí hasta la señal de distancia, al pie de ella, echado de bruces sobre la tibieza de la Tierra, ví hundirse una vez más al sol; y teñirse de rojo el cielo, los campos, los árboles; rojo vivo, rojo sangre; me pareció escuchar el clamor de las víctimas de la Gran Hecatombe, que levantándose de sus tumbas nos gritaban: ¡Asesinos!

—Eh, colega Remo, ¿por dónde anda?, ya está listo el lastre.

Y al calor de la fogata, con un cielo brillante, empezamos a cenar.

La sobremesa se prolongó hasta las dos o tres de la mañana. Esa noche no dormimos; estábamos a la expectativa, aguardando la salida del tren carguero que de un momento a otro partiría; ya estaba armado sobre un desvío. y sólo aguardaba la locomotora.

—Bueno, muchachos, a guardar todos los trastos en las linyeras, y llevarlas al "wagón" que es un "Hamburgo" vacío que está justo en la mitad del tren — dijo el Chileno, y partió con los tres "monos".

—Ahí sale la máquina; va a tomar agua a la bomba, ¡y qué macanuda! es una tipo trescientos, de movimiento afuera — advirtió el inglés, hablando como un perfecto conocedor de las locomotoras; y el farol rojo del ténder horadaba las tinieblas al retroceder la máquina en dirección nuestra. ¡Y qué linda era en verdad!, negra, bruñida toda la caldera, la chimenea corta, redondita; con sus enormes cilindros de alta y baja; las tazas del aceite al final de larga plataforma, la casilla ancha, limpia; la palanca lustrosa; los manubrios de bronce y cobre, todo relucientes; se notaba que los conductores de aquella máquina amaban la profesión. Cantó la válvula de seguridad, y semejaba en el silencio de la madrugada, un órgano inmenso. Al terminar de llenar su ténder de agua, a media marcha se dirigía al extremo de los vagones.

—¡Arriba muchachos!, este es el sitio.

La voz del chileno salió de adentro del recinto como si fuera un túnel.

Una larga pitada nos anunció la salida, y minutos después, un fuerte sacudón estremeció al largo convoy; y la luz verde de la señal de distancia esparcía su fulgor mortecino en las tinieblas de aquella madrugada; ¡qué negrura abajo en la tierra! el tren desde la máquina hasta el furgón de cola, era una enorme culebra atravesando las sombras, una culebra con un ojo delante, y el otro atrás.

En el cuesta abajo de Acebal, empezó a tomar velocidad; y pasamos estaciones sin importancia con vía libre; en algunos pasos a nivel estaban las barreras bajas desde el crepúsculo; ¡y ni un perro ladraba al paso del tren!

Un silencio pesado, compacto, duro; ese silencio que el misterio de la Pamap incrusta en las tinieblas, reinaba en los campos; y ni el resoplar potente de la No. 380, aquella magnífica locomotora que nos llevaba a través de las sombras, rompía la capa del silencio, y hasta el cielo tan brillante en la noche, se iba convirtiendo en una dura sábana de acero.

—¡Compañeros! — dijo el inglés — yo voy a clavar las guampas; se me cae la cabeza de sueño, ¿y vos, che?...

—No tengo sueño — contesté — duerman; usted también, chileno.

—Enseguida, Remo; en cuanto acomode estos dos pedazos de cascotes de cabecera, me tiro a lo largo y quedaré convertido en una tachuela aplastada hasta el día del Juicio Final. ¡Al fin encuentro una cama a medida! (Esto lo decía por lo elevado de estatura; medía más de uno ochenta y cinco).

—¡Qué Chileno macanudo! — comentó riendo Romert —, siempre alegre, a pesar de las lustradas que nos da la vida; aprendé vos, Remo, que a veces te lamentás por cualquier pavada.

—Es que yo, compañeros, cuando ando en plena vía, y partido por el eje, me acuerdo siempre del personaje de nuestro maestro Gorki, que dice: "sólo saben hacer reír y reír también ellos, aquellos que han sufrido mucho". Fueron las últimas palabras que poblaron las sombras del vagón que nos cobijaba.

Yo, sentado con las piernas abrazadas y dando la cara al viento para que el sueño no me venciera, velaba el reposo de mis nobles camaradas de vagabundaje. Y pasábamos alcantarillas, puentes, cruces, campamentos de Vías y Obras y cuadrillas camineras; y soplaba con más fuerzas la locomotora subiendo una cuesta; luego, a favor del declive amenguaba el escape de sus cilindros; el escaso alumbrado de un pueblito se perdía a lo lejos, y una señal distante, altísima, parpadeó en las tinieblas indicando vía libre; era un semáforo perdido en aquel mar de sombras; y mis dos compañeros de infortunio, dormían como ángeles...

Haría más de tres horas que salimos de Casilda, cuando asomé la cabeza afuera, una raya extensa, muy baja, de un leve fulgor rojizo, se pintaba en el lejano horizonte, hacia el Este; y uan brisa, con olor a islas, llegaba hasta el vagón. La negrura del cielo se esfumaba al aparecer las primeras nubes anaranjadas que anunciaban la aurora y el recinto nuestro arrojó sus tinieblas a los campos; una claridad amarillante se expandía por toda la llanura, y yo, para sacudir la modorra, la tristeza que pretendía arrollarme, me puse a contemplar a mis dos compañeros, y me dí a pensar en la feliz coincidencia de nuestra amistad.

El inglés dormía del costado derecho, con la cabeza tapada hasta la mitad de la ancha frente — el hipódromo de las chinches, como él solía llamarle, y el chileno de espalda con toda la cara descubierta; y si ancha era la frente de Romert, la de Lucas no se quedaba atrás; y cierta vez había dicho Lucas: — Si su frente parece un hipódromo, la mía es una plaza para un meeting de desocupados.

Un año largo que ambulamos juntos a través del territorio en busca del pan diario, nunca dejaron de ayudarme en cualquier circunstancia; generosos al extremo, manos abiertas; y tanto uno como el otro, sentían verdadera satisfacción compartir lo que tuviesen. Lucas el chileno, Romert el inglés y el uruguayo Fernandi, han sido los tres mejores, los más nobles y desinteresados compañeros, que ha tratado en veinte y tantos años de vida vagabunda.

El sol rompía una barrera de nubes que se formaron junto al monte de eucaliptus, cuando llegamos a Pergamino. Aguardamos la señal de vía libre y el paso de un tren de pasajeros, en las afueras del pueblo. Quintas de verluras, ranchos sencillos, pozos de agua, roldanas que cantaban con el subir y bajar de los baldes; mujeres lavando en bateas enormes; una bandada de chiquilines con delantales blancos, calzando alpargatas, y algunos descalzos, se dirigían a la escuela. Carros con ladrillos de los hornos, repartidores de pan y carne, y tropillas de vacunos, llenaban la ancha calle que partía en dirección a la Estación.

Necesitábamos agua, y tomando el tachito — una lata de Sasso — me dirigí a un ranchito que al pie del alambrado, junto a la vía, alzaba sus cuatro paredes barrosas. Un cerco de yuyos y tacuaras lo circundaba, y una puertita, humilde, de listones pintados de rosa lo defendían de la posible invasión de algún animal espantadizo. Dos muchachas pintando en mujer, miraban con curiosidad no carente de simpatía hacia el vagón; hice coraje, y humildemente, como acostumbro siempre, me dirigí hacia ellas y les formulé el pedido de un tacho de agua.

—Pase, joven, y si no se ofende, llévese un pan casero.

¡Con qué emoción largué el balde al fondo del pozo! y el choque de éste contra la brillante masa de agua, hizo salpicar casi hasta el borde del brocal; el primer sorbo de aquella agua cristalina, me barrió toda la tristeza de la noche.

—¿Va solo, rubio? — me interrogaron las dos criollitas.

—Somos tres, un chileno, un inglés y yo.

—¿Es extranjero usted también?

—Rosarino — les respondí, y de paso les pregunté si no había peligro en cruzar la estación como linyeras. Me informaron que al contrario; y, caso único, había orden del comisario de no detener a ningún linyera que fuera en tren de carga — aquí vienen muchos a pedir agua; mas, nunca hemos visto a un muchacoh tan joven — agregó una de ellas — y rodando ya con la linyera al hombro; — y lo que tendré que rodar aún; que sea lo que Dios quiera, — y tomando el redondo pan casero, y la lata del agua, me des pedí de aquellas buenas muchachas, no sin antes darles las gracias en mi nombre y en el de mis compañeros por su bondad. Bondad auténtica, sencilla, amasada con auroras y crepúsculos, e impregnada en el ancho pan que me habían brindado. En cuanto salté sobre el vagón bajó su brazo la señal de distancia, y otra vez la locomotora empezó a resoplar, mas ya no entre las tinieblas; un cielo azul, purísimo, y un sol brillante, alegre, doraban los campos. La 380, salpicada de rocío, pedazos de pastos y flores entre sus bielas, corría a toda velocidad devorando las distancias, como si ansiara llegar pronto a su destino, al igual que nosotros.

—Remo, acuéstese usted ahora ¡qué bien he dormido!, hasta co[n] los sacudones del tren, me pareci[ó] estar a bordo. Y esto, ¿dónde l[o] compró?

—Es el regalo de unas criollitas de Pergamino.

—¡Qué Dios las bendiga! y con las ganazas que tenía de comer pan casero; desde mi salida de Chile que no lo pruebo.

En Capitán Sarmiento hizo otra parada el tren; yo no podía resistir más el sueño; Romert se había levantado y me dejaba el sitio libre para mí; eran las diez de la mañana del cinco de setiembre. En cuanto mi cuerpo sintió el calor de las mantas me invadió una profunda quietud y un deseo de dormir quién sabe hasta cuándo; al despertarme era noche y estábamos en las afueras de la Playa de Maniobras de San Martín. Allí finalizaba el destino del tren.

—Bueno, compañeros, ahora empieza la segunda etapa de nuestro viaje; tenemos que entrar a Buenos Aires, hagámoslo a pie y un poco sin cara de derrotados; yo tengo aquí un amigo, ex camarada de infortunio; y, que hoy casado y feliz, no me negará una mano; lo único que le pediré es que me deje guardar las linyeras en cualquier rincón; después, Dios o el Destino, dirán; vamos, es aquí, a unas cuadras de la plaza. Romert iba adelante, oficiando de guía. Atravesamos las calles silenciosas de ese arrabal proletario, que temprano, se entregaba al reposo. Pasamos frente a un cin[e] por la vereda opuesta; nos dab[a] vergüenza por las linyeras; hic[i]mos alto en la esquina contra un[a] tapia, a indicación del inglés.

—Esperen aquí, voy al cine
trabaja de operador mi bue
go, voy a informarle de
arribo: ¿no tengo facha
tante?, dijo riendo; m
frunciendo el ceño y
desconocida en aque
les, grandes y bon
un tono amargo
¡Qué cretina es
ga por la vestir
Volvió con la
a dejar las lin
amigo; y lueg
en la pureza
mirada erran
titos lumino
nuestras ca
cha rumbo



El Sacrificado

LAS costumbres criminales de la India presentan particularidades desconocidas en Europa.

Cecil Walsh, juez de la Corte de Allahabad, ha reunido en un volumen varios casos que nos presenta, no como excentricidades ni casos anormales, sino como acontecimientos típicos.

El criminal hindú es casi siempre ocasional: a la menor provocación, por odios de familia o dificultades de orden pasional, el hindú se venga inmediatamente.

Hay un considerable número de crímenes que ni siquiera llegan a conocimiento de la policía. Se cree que las mordeduras de serpientes y las fiebres ocultan muchos casos de envenenamiento.

Los infanticidios, que han disminuído desde el momento en que se tomaron medidas para reprimirlos, se reproducen, sin embargo, con desoladora frecuencia.

Son debidos, generalmente, a estas dos causas: la enemistad entre la madre y alguna vecina, y el lucro. Los niños hindúes usan una cantidad de alhajas de plata, y, a menudo, para despojarlos de estos pequeños adornos, los matan.

Pero, en el caso que el juez Walsh llama "el sacrificio humano", éste no fué provocado por ninguna de estas causas.

Un cierto Ram Saram denunció un día a la policía la desaparición de su hijo Sohan, de dos años de edad. Ayudado por sus amigos, había buscado por todo el pueblo, sin descubrir ningún indicio. No tenía ninguna sospecha y no podía indicar ningún móvil para explicar el hecho.

Ram Saram volvió a ver a su hijo dos días después, en un puesto de policía; éste estaba situado a varias millas de distancia, y el hecho de que el niño fuese transportado allí en lugar de llevarlo a su casa, era misterioso.

Sohan estaba cubierto de espantosas heridas en el muslo derecho.

La manera en que el niño fué descubierto era también misteriosa.

Un campesino llamado Manrakhan, que había encontrado al niño en una zanja cerca del pueblo, declaró que los gritos de la criatura llamaron su atención, y que, con la ayuda de su amigo Prasad, lo había llevado a la policía.

Sin embargo, ellos debían saber que el hijo de Ram Saram había desaparecido y que éste había ofrecido una recompensa a quien lo trajera vivo.

El niño fué inmediatamente conducido al hospital; llevaba el mismo traje que tenía en el momento de su desaparición y no había en él rastros de sangre.

Cuando se examinaron las llagas, se notó que éstas eran anchas y regulares; la carne había sido recortada por pedazos profundos, poniendo a descubierto el fémur.

El médico hindú sugirió que las heridas habían sido causadas por mordeduras de animales salvajes, cosa completamente imposible, porque el estado de limpieza del cuerpo y del traje estaban en contradicción con esa opinión. Las heridas databan por lo menos de veinticuatro horas: estaban secas y recubiertas de una ligera capa de tierra, que había sido esparcida sobre ellas sin duda con el fin de secar la sangre y acelerar la cicatrización, medio muy común entre los campesinos.

Naturalmente, a pesar de ello, las heridas habían sido mal cuidadas y, a la semana siguiente, Sohan murió.

Ram Saram, agobiado por el dolor, declaró que no descansaría hasta descubrir al criminal.

En el pueblo se murmuraba que el niño había sido utilizado para un sacrificio. Es un rasgo curioso de la vida hindú la forma en que se crean ciertos rumores, y, aunque sean falsos algunas veces en la mayoría de los casos obtienen una confirmación completa.

Durante la enfermedad de Sohan, multitudes de mujeres pasaban por su casa a pedir noticias del niño; entre estas visitas, Mosamad Doulari, esposa de Ram, notó a una que no solamente venía todos los días, sino que también la interrogaba con gran interés.

Mosamad Doulari contó esto a su esposo; desde ese momento, la policía fué arrestando mujeres, hasta que Mosamad Doulari reconoció a la sospechosa.

Era una cierta Mosabad Laraiti, quien declaró que, en efecto, había pedido noticias del niño por cuenta de Moabad Tchirondji, rica señora brahamana que vivía en una gran casa a la salida del pueblo.

Añadió que un día había visto a un niño extraño en esa casa, y que había comentado el hecho con una mujer llamada Tchuktia. Esta, al ser detenida, declaró que era "kahrin", es decir, de la casta de los aguateros, y una que, mañana, al llevar agua a la casa de Moabad Tchirondji, vió a Frasad con un niño.

Ella recibió entonces la orden de limpiar y de preparar un rincón del patio, y observó que se habían reunido varios miembros de la familia con un cierto "Saddou" o asceta llamado Krishana Rao.

Al día siguiente había visto al mismo niño quejándose y casi desmayado, envuelto en una sábana manchada de sangre.

Como había testigos que corroboraran esta acusación, se arresto a Krishana, esperando que éste hiciera una confesión completa.

Pero Krishana negó rotundamente su participación en el crimen: reconoció que era el sacerdote de esa familia, pero aseguró que no había asistido a ninguna ceremonia extraordinaria ni a ninguna reunión como la que había descripto Mosabad Tchuktia.

Pasó el tiempo sin que la policía lograra alguna prueba, hasta que sucedió un hecho inesperado: los pesquisas de otro distrito arrestaron nuevamente a Krishana bajo la inculpación de robo. Entonces la policía le hizo caer en una trampa, informándole que el crimen había sido descubierto y que sus cómplices estaban arrestados.

El acusado decidió hablar, y contó que Moabad Tchirondji estaba profundamente afligida por no haber dado ningún hijo a su esposo. Además del ardiente deseo de todo hindú de tener un hijo que cumpla sus ritos funerarios y poder así salvar su alma, había también en este caso una cuestión de interés. Moabad Tchirondji temía ser suplantada si su marido tomaba otra esposa más joven. Había entonces consultado al "Saddou", quien le había dicho que permanecería estéril hasta que no comiera la carne de un niño vivo.

Moabad decidió tentar la experiencia. Krishana fué invitado a la casa, donde encontró un niño sin conocimiento emborrachado con "bang".

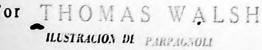
Para celebrar el "pudja" oculto, se colocó al niño sobre un lecho de estiércol. Krishana hizo el sacrificio del fuego a la diosa Devi, y, después de haber hecho la señal sagrada en la frente del niño, se apartó. Luego, dos miembros del grupo, sirviéndose de sus cuchillos, cortaron un pedazo de carne. Uno de ellos trazó sobre el piso "el antra", o cuadrado mágico, con la sangre que había sido recogida en una lata, la que debía ser bebida por la mujer sin hijos.

Era muy difícil saber lo que había de verdad en la declaración de Krishana. Es generalmente una de las principales dificultades en un hecho criminal, en que hay varios culpables y en que uno de ellos atribuye el papel principal a los otros.

El caso era excepcional, no solamente a causa de las circunstancias repugnantes y patéticas del crimen, y del resultado poco satisfactorio del proceso, pero también porque no había memoria en la historia de las provincias ni en ningún escrito histórico, de un acto similar hecho con semejante fin sobre el cuerpo de una criatura en vida.

Así que las declaraciones de Krishana fueron consideradas como confesión ante un magistrado. Confirmadas por los domésticos de sexo femenino, eran suficientes para hacerlo ahorcar.

Después de un largo proceso, el "Saddou" y Tchirondji fueron condenados a deportación perpetua.



Por THOMAS WALSH

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

Museo de la Confusión

POR

ANIMULA VAGULA

DIBUJOS DE RODRIGUEZ

★

EN cierto mamotreto lingüístico de que son culpables algunas hermanadas sotanas con inclinaciones escolásticas, fuí sorprendido en un capítulo dedicado al latín y a la lexicología por la siguiente confesión:

Tiempo hace que el estudio del latín viene siendo en muchos países el blanco de numerosos y vivos ataques; y forzoso es confesarlo de plano, de esas luchas y agresiones solapadas unas veces y violentas otras, la lengua de Virgilio ha salido mal parada.

¿Y qué les importa a los priores los trastabilleos de la lengua? Supongo que no pretenderían que se transformara en un huevo de Colón, en un minarete de alabastro o en un tente en pie y que se posara tranquilamente sobre el altar mayor, admirase las mitras, rindiera honores a la divinidad de cartón piedra para finalizar erecta sobre el píloro de agua bendita o los arcones repletos de ostias, maná, santos óleos y demás productos dietéticos.

En la lección número cuarenta, la diócesis se dedica a la cita de un trozo senecto perteneciente a Marcos Sastre. Trata sobre el instinto en los animales y comienza expresando que la cabra y el llama han dejado sin repugnancia las montañas y el placer de saltar de risco en risco a cambio del establo; que la oveja de clima frío, como lo indica su vellón, se acomoda a todos los temperamentos; que el caballo soporta todos los climas; que el elefante y el toro, dóciles a la voz de un niño, conducen enormes pesos; que el camello se postra sumiso para recibir la carga; que la oveja ha perdido su innata afición a los bosques, etc. Y expresa a modo de conclusión:

¿De dónde proviene esta mansedumbre, sino de la índole del animal? ¿De dónde sino de su instinto, esa inclinación a la compañía del hombre? ¿De dónde esa buena voluntad para servirnos, que les hace soportar con gusto las más duras tareas, sino de una secreta predisposición determinada por el Autor de la Naturaleza para que ciertas especies de animales quedasen consagradas al servicio inmediato del hombre?

Ahora me gustaría preguntarle al sacerdocio culpable de la transcripción, si la voluntad demostrada por algunas polillas, cucarachas, ratones y mosquitos que les hace soportar con gusto los más variados perramus, las menos apetecibles migajas, los más petrificados quesos e infranqueables mosquiteros, emana también de una misteriosa predisposición determinada por el Patrón de la Naturaleza para que se consagraran al servicio inmediato del hombre. De ser así, todos los agradecimientos de nuestra parte serían pocos. ¿Cómo nos arreglaríamos de otro modo sin la ayuda de estos animales, para comer camisetas, hábitos, quesos de bola, pasar a través de los mosquiteros o hacer todos los trabajos domésticos que actualmente realiza por nos la cucaracha?

En la página 149 encontramos otro encantador trozo de lectura también dedicado a la zoología. Se titula: Virtudes que Dios nos muestra en los animales. Entre éstas nos cita las siguientes, de que es responsable un tal Nieremberg, que aunque no parezca es de origen peninsular. Veamos:

En el pelícano grabó la caridad, en la tórtola figuró la continencia, en el buey señaló la paciencia, etc.

Acepto la tortícolis y las grabaciones de pelícanos a cargo del Sumo Hacedor, pero con lo que no transijo es con lo del buey. Dios a lo más le habrá dado bríos e ímpetus al toro, pero lo referente al huella güey, es obra exclusiva del hombre. La paciencia de ciertos porteros de harems y de algunos sobrevivientes ítalos que conversaron con Menelik está muy lejos de representar una virtud dióscora o una concesión divina.

★

En el número correspondiente al 12 de junio, la directora de Para Ti elucubra un articulito que bautiza: ¿Cómo haremos el bien? Expresa en él:

1.—Nuestra soberana la moda, cansada de vernos con un mismo tapado y con unas mismas ropas, ordena que sean desechadas y sustituídas por otras según nuevos modelos. Hay ocasiones en que el ingenio siempre fecundo de nuestra modista no encuentra manera de transformar nuestras prendas, acomodándolas al último figurín.

¿Qué hacer? No las tiréis; dadlas a un asilo, o llevadlas vosotras mismas a una familia pobre; veréis que la madre necesitada, sobre la que no ejerce dominio la moda, pronto encontrará modo de darle utilidad práctica.

Yo he visto niñas pobres abrigadas con tapaditos de riquísimas pieles, regaladas por manos misericordiosas.

Sé de muchas madres pobres que han hecho algunas prendas de abrigo para sus hijos ateridos de frío, con prendas obsequiadas por damas caritativas.

Rebuscad, pues, vuestros roperos y cuanto inservible en ellos encontréis, llevadlo a los pobres.

Recién ahora me explico los motivos por los cuales algunos reos suburbanos han sido vistos últimamente l u c i e n d o corsés disfrazados de sobretodos, pantalones con rositas rococó, chalecos con breteles y zapatillas con taco Luis XV. Algunos más animosos pasearon con gracia pamelas requintadas, salieron con miriñaque e hicieron alarde de llamativos abanicos de pluma y de primorosos mantones de Manila. Según se cuenta por Villa Luro, están equipados para todo el año.

En El Suplemento del 20 de junio apareció un cuento titulado Sortilegio, producto exclusivo de la febrilidad mental de Henry Barbusse. Me llamó la atención el pasaje que sigue:

"Ella no respondió nada. Ni siquiera: " No!" Un segundo después, le vi la cara. Una estatua. Peor que una estatua. ¿Sabes como quién? Como la virgen de la iglesia, cuando se le pide algo .. Entonces me di cuenta de lo que pasaba: había allí un sortilegio..

Ya me imaginaba yo que algo raro tenía que haber pasado para que una estatua estuviera representada únicamente por orejas, pestañas, fosas nasales, comisuras, ojeras, papadas y calvicies. Por lo menos ya sabemos la definición de sortilegio: estatua, bibelot o maquette con eclipse total de plintos, plantas, tronco, peroné, tibia, coxis, medias de mármol, esternón y falangín.

★

En el Consultorio Elegante de la revista Para Tí, encontré lo que sigue, dirigido a Cholita:

El novio es mejor que vista de negro; en cuanto al padrino, si no viste del mismo color, puede hacerlo del que más le agrade.

Consejo funesto, pues a lo mejor el padrino elige el infra rojo, el patito, el verde loro o se presenta en la abadía con frac dorado, chaleco plateado y cilindro tornasol con incrustaciones de nácar, carey, u otras materias, haciendo juego con una camisa de cretona adornada de flores carmesí, guardas amarillas, cruz suástica y castaños los campos de azur.

★

En el libro Puentes Espirituales de que es autor F. Gallardo Sarmiento, encontré un soneto titulado "Tempestad en el mar".

Las últimas tres líneas son estas:

Relámpagos y truenos en fuerte sinfonía,
alumbran y salmodian esta brava agonía...
¡ni una estrella en el cielo, ni una luz en el mar!

¿Cómo? La fuerte sinfonía de los relámpagos, la luz del meteoro, San Telmo en la arboladura, las fosforescencias varias, el rayo luminoso, la raya eléctrica y el resplandor de las olas qué representaba para el náufrago? ¿Qué más quería el viejo lobo? ¿Una caja de fosforos, un Quinquela Martín, un farol a kerosene, una luciérnaga, un traje de luces? Así cualquiera naufraga.



Ocurrencias

Oscar Wilde *Ilustración de* Pascual Güida

★

Veinte años de pasión hacen que una mujer parezca una ruina; pero veinte años de matrimonio la hacen igual a un edificio público.

★

La vulgaridad es el modo de conducirse de los demás.

★

La puntualidad es el ladrón del tiempo.

★

La única diferencia entre un capricho y una eterna pasión es que el capricho dura un poquito más.

★

Lady H. W. trata de parecer pintoresca, pero todos la toman por despeinada.

★

El amor vive de la repetición, y la repetición convierte un mero apetito en un arte.

★

¿Que diferencia hay entre la literatura y el periodismo? El periodismo es ilegible, y la literatura no es leída.

★

Nada es igual a la abnegación de una mujer casada. Es lo que los hombres casados nunca sabrán.

★

Londres está repleto de neblinas y de personas serias. No sé si las neblinas son la causa de las personas serias, o las personas serias de la neblina.

★

La mejor base del matrimonio es una mutua incomprensión.

★

En Londres uno se divierte. En el campo uno divierte a los otros. Eso es aburridísimo.

★

Tan pocos padres hacen caso de lo que les dicen sus hijos. El antiguo respeto por los jóvenes está desapareciendo.

★

Los hijos empiezan por querer a los padres. Después los juzgan; a veces los perdonan.

★

Un hombre debe ser muy cuidadoso en la elección de sus enemigos.

★

Es inútil ir al Salón de Otoño. A veces hay tantas personas que no se ven los cuadros; otras, hay tantos cuadros que no se puede ver las personas.

★

La acústica de la Cámara de los Lores es excelente. Los discursos no se oyen.

★

Lo fundamental en asuntos graves es el estilo, no la sinceridad.

★

Todos los músicos son absurdos. Quieren que uno esté mudo en el preciso momento en que uno desea estar sordo.

★

Vale más tener una renta mensual que ser encantador.

★

A todas las novias americanas las llevan a las cataratas del Niágara. Ese espectáculo imponente es uno de los primeros desencantos del matrimonio, aunque no el más agudo.

★

Hojeo los diarios. Veo que sólo lo ilegible sucede.

★

Las mujeres son un gremio decorativo. No tienen nada que decir, pero lo dicen encantadoramente.

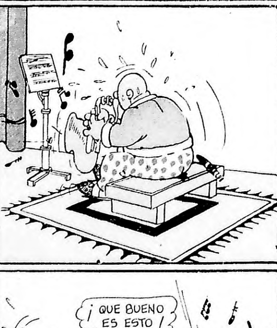
★

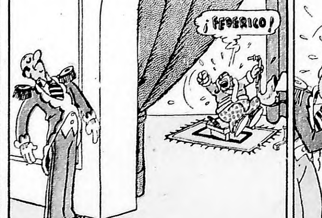
Si las clases pobres no sirven para darnos buenos ejemplos, ¿para qué sirven?

★

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez

¡VOY A DELEITARME EJECUTANDO UN POCO DE MUSICA AMERICANA!







Alarme a sus amigos

SOLUCIONES

(A) Hay quien se limita a multiplicar 70 por 3.000 y a suponer que el resultado de esa operación (210.000) es la solución del problema. Pero lo cierto es que el rey Midas era más caro. Si de carne y hueso pesaba 70 kilos, de oro debió pesar 19 veces 70, ya que el peso específico del oro es 19 veces mayor que el de la materia del hombre. Multipliquemos, pues, 70 por 3.000 por 19. El resultado (3.990.000) es el valor preciso del rey.

Hay que pensar que el concepto de transformación no entraña el de disminución de volumen.

(B) Ni 90 besos ni 100. La primera dama besa a las otras 9 y se va. La segunda besa a las 8 restantes, la tercera a las 7 y así hasta que no queda más que una. Suponer otra cosa es adicionar muchas veces el mismo beso. He aquí la verdadera suma:

$$9+8+7+6+5+4+3+2+1=45.$$

(C) El sombrero vale 10 pesos, el bastón 20, el sobretodo 110.

(D) El residuo que se nos antoje. Si queremos obtener 0, restamos de la serie de los números naturales la misma serie de los números naturales. Si queremos obtener infinito restamos de los números naturales todos los números pares. Quedan todos los números impares, que son asimismo infinitos. Si queremos obtener 290, restamos de la serie de los números naturales todos los números posteriores a 290. Este procedimiento es aplicable a cualquiera cantidad.

El Arbol de la Vida

Su vida ha llegado a un punto en donde parece haberse detenido.

Pensaba para sí diciéndose: nadie se asombra cuando un proceso patológico llega a su fin y, nadie toma en cuenta cuando un proceso vital se estanca.

Y esto es lo que le pasaba.

La vida de sus treinta años era aparentemente la de muchos. Siempre había puesto su afán en ser como todos y habíase dicho: "nada de extravagancias, nada de salir del riel", porque constantemente en su interior, sentía los impulsos vivos de lo original; las llamadas de un plano fuera de lo común.

Confrontaba fatalmente su inquietud con la de otros y veía una enorme diferencia; no creía que fuese mejor ni peor pero, era distinta.

No se sentía con falta de valor para romper los moldes establecidos — no le interesaba romperlos — pero no cabía en ninguno y entonces callaba — cultivaba su vida interior.

Esto la llevó a tener un aire tan particular, que si bien es cierto, nadie se engañaba con ella, muchos se equivocaban. Así unos y otros cuando hablaban de su personalidad los datos que se daban, más o menos, eran falsos. No había de ella ningún hecho exterior en qué definirla o dónde clasificarla.

Su capacidad mental era de un nivel fuera de lo general, porque aunque no discutía los credos de los demás, el de ella no admitía discusión. Hablaba poco y desconcertaba cuando en algunas conversaciones sobre temas filosóficos sus palabras destruían alguna creación intelectual, con su lenguaje llano y substancial: lo pasajero y lo eterno que llevamos a bordo.

Tenía horror a las palabras vanas, hasta negarles gracia e interés cuando no revelaban un problema vivo o trascendente.

Sentimentalmente, los que amaba sabían lo que era su amor, algo de lo cual no podían pasarse.

Inspiraba una confianza sin límites aunque la sentían lejos, hasta absurda en esa fuerte integridad que les daba reposo. Ella amaba traspasando como a ella la traspasaba el amor ¿y, quién lo soporta?

Esta detención en su vida que superficialmente la desorientaba transformando su mundo, fué el gran amor. Aquél que algunos buscan y de estos pocos encuentran.

Ahí estaban sus treinta años, magníficos por la plenitud física y sentimental, colmados de gracia.

¿Qué era sinó, su amistad llena de todas las exquisiteces? Amistades distintas e iguales en intensidad, hacían un solo centro en su corazón.

Los que pasaban en su vida sintieron lo absoluto en ella y si la vida les llevó a un lado u otro guardaron dentro de sí, la revelación mágica de lo único. Así, le decían: "no hay parecido, no hay recuerdo cuando se está con usted". Ella contestaba a ésto: " es muy sencillo, no tiene más que una sola palabra para ser:: darse" No tan simple como ella lo explicaba porque aunque todos hablen de darse, nadie se da sino aquel que puede y ese misterio es de Dios. Lo comprendía así, pero también sabía que el darse cuesta sangre y eso era de ella.

El, era excepcional: era un hombre.

Parece absurdo decir esto, sin embargo tiene todo el sentido de la palabra.

Comunmente se habla de hombres y mujeres como si fueran distintas especies y en realidad, sólo se es hombre: el ser.

Sus vidas habían crecido distantes y sólo a unos pasos. Ninguno de los dos atribuía importancia al medio en que se habían educado.

Ambas familias de un mismo ambiente social, con sus larguezas y pequeñeces, de un conservadorismo ya puramente convencional. No estaba borrado de sus recuerdos las veces que habían saltado de la silla, cuando en el gran comedor familiar y ante bocados exquisitos, oían hablar con desprecio señorial, del pueblo llamándole "chusma" y del inmigrante "ignorante", pues ellos veían con otros ojos y sentían que volvían a tomar posición los verdaderos valores. Ninguno de los dos tenía que hacer mucho esfuerzo para recordar que una generación anterior a sus abuelos — muchas veces lo habían oído de sus bocas — el jefe había sido inmigrante. Los hombres de aquella época no los consideraban "chusma" y gracias a esto, la posición económica que habían hecho costeó la cultura de sus hijos y el refinamiento de sus nietos. Sabían que abrir la boca en una de estas discusiones era perder el tiempo, pero no lo perdían oyendo y desentrañaban así la verdadera posición: obreros todos, con la cabeza o con el corazón, con los pies o con las manos, todos a dar de sí lo que cada cual puede.

Indudablemente que marchaban contra la corriente, pero sin batallar, naturalmente, pisaban enemigos. Les era sin sentido que la gente se encastillara en abolengos o se moviera, por creerse superiores al haber nacido entre largas comodidades, que pensaban fuera alguna degeneración.

Esa protección, armada de desprecio hacia el trabajador humilde les uno de los cuales y el primero que la hirió a ella, fué el trato ab-les uno de los cuales y el que primero la hirió a ella, fué el trato absurdo que vió que se daba al servicio doméstico, como si fuera esa gente de una especie inferior a la sagrada humanidad de los patrones, "cría de servicio doméstico en el criterio de los ricos terratenientes", fué su frase de rebeldía, el día que se juró a sí misma silencio para los que no quieren oír. Callar entre los suyos, porque no podía hablar de lo suyo.

Así se sentían desligados de su ambiente, sin poder echarle lo bueno ni lo malo, el juego de luz y sombras, de cada uno. Para ellos había sido más bien inocuo, vacío, aunque rígido y cálidamente correcto.

En la lucha diaria del estudio, en el esforzado seguir adelante, encontraron a sus mejores amigos; compañeros de espíritu, de aficciones distintas pero el mismo sondaje: lo infinito. Esa selección espiritual que hermana los corazones en la que cada uno vivía su propia trascendencia. Una de las cosas que exaltaba a ambos, era la lealtad consigo mismo, "¡cómo no ser verdaderos, cómo vivir mintiéndose, si la vida se encarga de desengañarnos!"

Esto le valió a ella, el no caer en el dominio de la vida social mundana. Tuvo todos los halagos pero no ceñió a ninguno a pesar de que sentía, que a su alrededor se hacía el vacío.

Fué cortejada, pero fué libre para no desperdiciar una pequeña gota de vida intensa, dolorosa y pura.

La creían contradictoria y solamente era verdadera, y acostumbrados a sacar consecuencias de un gesto, de una actitud, según el patrón común, aplicaban las reglas del caso y el resultado no era el que esperaban.

A él también, muchos lo desconocían y en descargo de su inferioridad por no ser capaces de algo elevado, lo clasificaban de neura y de raro, porque no hacía su placer lo que hacía el de otros y porque desdeñaba el llegar a posiciones ventajosas haciendo la "reclame" de sus propios méritos.

Dos espíritus de esta calidad, alguna vez se encontrarían y el encuentro fué casual como fatalmente hay que llamarlo.

Salían de un curso de filosofía y como lloviese a cántaros, todos estaban a la caza de coches, y del grupo que se guarecía en la puerta, se desprendieron rápidamente dos personas, a tomar un taxi que en ese momento pasaba; fué alcanzado por el hombre al mismo tiempo que por ella y cegada por la lluvia da la dirección y sube, no se había fijado que alguien había abierto la puerta y se dió cuenta cuando él le dijo: "si no le importa, yo también voy para ese lado". Subió y comenzaron a conversar. Eran casi vecinos, habían nacido en la misma cuadra; frecuentaban los mismos lugares, cuando niños; todos los días a la plaza, a la iglesia los domingos y por la tarde a Palermo, del lado de los lagos — andaban en bicicleta y jugaban al football. Recordaron los trajes de marinero; el teatro de títeres del zoológico, en el que gozaron como jamás después volverían a gozar en teatro alguno.

Como eran personas muy ocupadas, resolvieron comer juntos después de la próxima clase.

Esa noche, comían y conversaban; luego cigarrillo tras cigarrillo siguieron las confidencias. Se reían por la semejanza de las experiencias que habían hecho. La aparente vida de hombre y mujer quedaba reducida a la sensibilidad que cada cual poseía, tanto, que ella le decía: "lo oigo a usted y me siento yo", y cuando el turno de contar le tocaba a ella, él le decía: "un momento, no siga, yo voy a decirle lo que usted sintió y en qué acabó la historia". Hablaban y la emoción los envolvía — al punto de no saber que el salón había quedado vacío y que los mozos discretamente iban quitando luz a la oscuridad — al ver que el uno al otro develaba su intimidad.

Todo fué tan sencillo, tan cómodo, tan sin defensa. Ellos no se lamentaban al tener que separarse después de una noche así, sino que en el fondo, tenían apuro de estar solos para saborear lo que acababa de pasar.

Ella, al llegar a la puerta de su casa, le dijo: "esta noche no pido más, pero mañana ¿a qué hora lo llamo?.

El con el reloj en la mano, contestó: "son las cinco de la mañana; me voy a acostar; me daré un baño y luego paso la mañana en el hospital y a la una la llamo: ¿está bien?"

Esto fué a diario. Tenían la sensación que más de lo que sentían no podría ser, porque al mismo tiempo los torturaba la angustia del acrecentarse eso maravilloso que los poseía.

"Nadie nos separa", se decía cada uno para sí. Una fuerte ligadura espiritual los unía, no nueva, sino que tan vieja como ellos, puesto que les era natural.

Eran dos que vivirían intensamente juntos, minuto por minuto; sin prisa, sin desperdiciar nada, esa era la colocación que siempre habían tenido en la vida. No improvisaban en su relación, eran así, sólo que habían encontrado su objeto, en el cual se volcaban. Activos, listos a darse a los demás, pasaban noches enteras a l acabecera de algún enfermo — porque él era un profesional de amor — no sólo los cuidaban sino que los mimaban.

Ella ponderaba su dedicación y él le decía: "es lo único que puedo hacer yo, porque la enfermedad hace lo que quiere, confortar, ayudar al enfermo; por otra parte ya sabes. que creo que esto es lo único que podemos hacer los unos con los otros, ayudarnos y nada más".

—¿Entonces, tú no crees que en mi vida, ha acontecido algo formidable al encontrarte? ¿Sólo una ayuda soy para tí?

—Sí, creo que en tu vida ha acontecido algo formidable como tú dices, porque a mí me ha acontecido, pero sé, que sólo nos ayudaremos a vivir el uno al otro.

—¿Y, entonces el amor?

—El amor es eso, abrazarse en una misma llama como tú y yo.

La verdad es que vivían lo absoluto.

Ella ocupada en las tareas de siempre, lo único que había cambiado que eran dos en las mismas cosas. Y de esta manera la mutua presencia, daba más fuerza y armonía a sus obras.

Sus escapadas al campo, no las perdían por nada: pájaros color oxígeno eran una necesidad física y espiritual. Eso de irse a la ciudad, a cualquier hora, sin preparativos, tanto de día como de noche; con tiempo bueno o malo, si tenían ganas de hacerlo, libres a su gusto: vagar, acostarse en el pasto y volver luego a embriagarse de aire, de sol, cargados de flores. "La fiesta de Dios", llamaban a esos días.

Las cosas del espíritu, las gustaban siempre, libros y algún curso de filosofía era lo que equilibraba la tarea diaria, que más tarde en la mesa de amigos se discutiría y comentaría prolongando el placer de la inteligencia.

Gozaban también, andando por las calles de esta ciudad y descubrían bellezas como en las mejores del mundo. Otras veces bajaban al río y las luces de los barcos que zarpaban, las estrellitas rojas y verdes de los mástiles en reposo, el aire húmedo del agua cargaba sus párpados de nostalgias: de andar, de cruzar ese horizonte, de escapar a otras ciudades con otra magia. Y si posible fuera, caer en la ilusión del lenguaje desconocido, que da la apariencia de especies distintas; de otras inquietudes, de otros anhelos, aunque demasiado pronto se sabe que todas las palabras son traducibles a la lengua propia. Y, no hay descanso y no se escapa de nada, porque en todas partes es el mismo hombre que ambula por el mundo.

Los amigos de ambos, asistían en silencio a este prodigio, que era un poco de todos; el uno había entrado al grupo del otro, como si siempre hubiese hecho parte y la cordialidad inspiraba a cada uno su lugar.

Una de las noches en que comían todos los amigos juntos, se discutía sobre el desengaño de amor y él dirigiéndose a ella, le dijo:

—Yo no creo que haya desengaño en el amor, porque el amor es o no es. No existe lo conquistado puesto que todos los días — si puede decirse así — ha de nacer de nuevo. La posesión es del instante y luego, tan lejos o tan cerca uno de otro según el amor. Hasta creo, que un día podemos despertarnos sin amor. ¡Eso es lo terrible del amar!

—¿Así, que cualquier día podemos no amarnos? No puedo concebirlo.

—¿Tú hiciste algo para que realizáramos el amor que llevábamos adentro?

—Lo esperé siempre y, es dura la vida esperando.

—Es dura la vida quitando, le dijo él y calló.

—Yo tengo la impresión, si puedo decir siquiera esto — porque no me da la cabeza para pensarlo — que no soportaría el vivir sin tí y sé porque hay quienes lo soportan, que a lo mejor no me mata.

El silencio era pesado después de este diálogo, con resonancia de tragedia, y cambiando de tono, con voz tierna les dijo él: "Amigos, no se asusten, vivimos de rodillas el uno ante el otro. Nos confundimos en un querer y no querer".

Hasta nos regalamos las mismas cosas — concluye ella — haciendo un placer del placer del otro y un dolor de la pena de cada uno, no se asusten, estamos viviendo lo que ustedes soñaron, nada más.

No podían negarse que estaban viviendo algo extraordinario, por más que el desarrollo de sus vidas fuera natural, no eran extraños a lo que les sucedía. Se comunicaban sus impresiones y ella descubría que antes de conocerlo a él, su vida ocupada en muchas cosas le parecía completa y le daba una satisfacción de ser algo. Y ahora que aún trabajaba más, le parecía que no hacía nada y sólo veía a él en todo y se sentía suspendida a esa vida que no era la suya, pero que era más que la suya puesto que la absorbía por entero. Todo lo que antes creía saber de sí, no lo sabía ahora y sin embargo tenía más conciencia de sí misma, ¡qué estado maravilloso y tremendo!

El contestaba a ella, con sus propias observaciones y le decía: "yo no sé si vivo, y nunca he sentido tanto la vida; un agrandamiento interior me absorbe, haciéndome vibrar con todo y con todos. Siento una fuerza interior, que a veces quiero contener porque me parece que si escapa de mí, hará catástrofes y eres tú y todo a través tuyo.

Vivían en esa tensión, en esa conciencia de amor, que llaman locura —será por lo raro del caso— y que es sólo, la verdad del amor.

El corazón se ingenia para que el amor haga lo que quiere y estos dos habían inventado mil cosas para no dejarse un momento. Habían suprimido todo lo que quitaba la presencia de uno u otro. Así, gozaban, sufrían, comulgaban juntos con la vida.

Una noche, después de hablar de una cosa u otra, se abrazaron estrechamente y él, le decía: "te me escapas; si pudiera comerte, también te me escaparías", y ella anhelante, le decía: "es lo que quiero yo contigo y tú también te me escapas, me muero en tí y quiero ser, más allá... ¡Vida!

"Y Dios dijo: [illegible] y a[illegible] que el hombre no avance su mano y tome también, el [illegible] de la Vida para comer y viva eternamente".

■

POR

GRACIELA BALIERO

ILUSTRACION DE

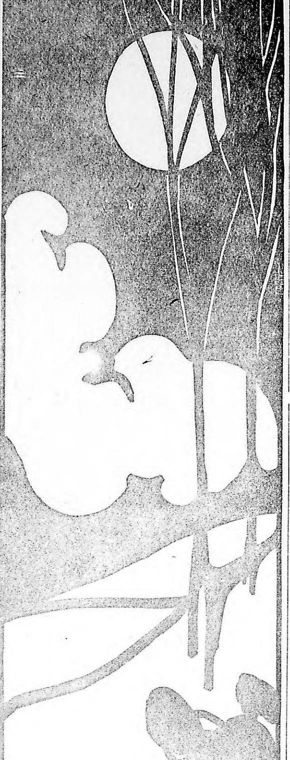
Pedro de Rojas



La Noche y los Perro

Me mandaban a sentarme en el umbral de la puerta de calle para que no fastidiara. Y yo me quedaba horas de horas en el atardecer aspirando con placer la tierra mojada del reciente riego de la calle. Hasta que la noche inminente ponía el cielo casi verde y las primeras estrellas iban prendiéndose, yo me quedaba en el umbral como olvidado del mundo. Me sacaba de este estado de catotonismo el paso de una vaca lechera que despertaba el silencio dormido de la calle con su cencerro. En el hogar había un silencio tranquilo al mismo tiempo. Pero, pudiera ser que yo también estuviera equivocado, que lo que tomara por tranquilidad no fuera sino un estado de drama que yo no entendía. Porque así es todo; las cosas no son como parecen.

En una de esas noches recién hechas en que aún queda algún resto de la tarde sobre el cielo, me quedé más largamente sentado en la puerta; el aire fresco traía a ratos trozos de música de ópera que tocaban en la retreta de la plaza próxima. Uno pensaba en ciudades y en viajes que no pueden ser, en angustias apenas ahogadas, en la profunda tristeza de no saber qué va a ser de nosotros después cuando seamos más grandes, de no poder presentir el porvenir y tener el remoto terror de vivir. Yo seguía sentado y pasaban los vendedores de tamales, empanadas y chorizos gritando su mercancía. Y pasaban los vendedores naciendo estrellar en la noche el nombre de los periódicos locales. De pronto vino mi madre como una sombra de silencio. Su palabra parecía un silencio. ¿Te animás ir a la casa de la Dolores? — me preguntó. Y sin esperar contestación agregó: "Llevá este frasco y dale este papel; date prisa".



Yo partí mirando la luna, y vi que la luna me seguía. Y apresuré el paso y la luna rodaba más ligero. Y me precipité en una carrera desenfrenada. De lejos, oí los sones del harpa. Era Villalba ,el marido de la Dolores. No hay baile sin el harpa de Honorio, oí decir en casa. Además tocaba el trombón en la retreta. Entregué el papel a Dolores y esperé, según orden de mi madre. Mientras tanto,me senté a escuchar una canción, se me llenaron los ojos de lágrimas sin que hubiera ninguna razón para llorar. Era como si alguien estuviera pensando por mí en el instrumento y en lo que decía la canción. Yo, primero escuché y después me entregué; porque eso es lo que uno tiene que decir; el escuchar musica es un entregarse, es rendirse ante un ser poderoso e invisible. Quise confesar más de una vez esta impresión; pero comprendí de inmediato que no me entenderían y que se iban a reír mucho de mí. Honorio comprendió que me gustaba la música y se esmeró en su interpretación.

La Dolores volvió con el frasco lleno, me lo metió en el pecho, junto a las ropas y me dijo: "Llevalo corriendo para que no se enfríe". Yo salí corriendo. Yo no sabía porqué hacía eso; pero eso me dijo la Dolores que hiciera. Yo he sido siempre muy obediente. Me fijé si la luna me seguía. Ahora la había dejado atrás. De pronto sentí un remoto terror, de ese súbito miedo que se le disuelve a uno en los huesos. Quedé paralizado; de la cárcel próxima venía el "¡Alerta estoy!" de los presos. Este grito perezoso, terrible en la noche tranquila, desgarra de angustia el corazón y dan ganas de irse lejos para no escucharlo. Y pensar que yo he escuchado durante mucho tiempo, durante toda mi infancia ese grito. Para quitarme el miedo tomé un terrón del suelo y lo arrojé con toda la violencia de que era capaz contra un portón de zinc de un depósito de alfalfa seca. El estrépito despertó a todos los perros de la vecindad. Los ladridos furiosos se expandían por la noche; el ladrar desesperado hacía creer en la presencia de espíritus malignos que hubiera yo provocado con mi actitud. Entonces tuve ímpetus incontenibles de huir. Una jauría iba persiguiéndome. Los perros me desgarraron las medias a dentelladas. Cuando me acercaba a casa oí el destemplado llanto de una niña de meses. Era mi hermanita que se había despertado. Entregué la botella de leche a mi madre y ella me besó en la frente. Era la primera vez que mi madre me besaba. Tal acto de ternura me sorprendió profundamente. En mis nueve años de edad, era la primera vez que mi madre tenía para mí esta expresión de cariño.

Una tarde, mientras el aire cálido traía una música de banda, comprendí totalmente el verdadero significado de este acto de correr todas las noches sistemáticamente hacia casa con una botella de leche. Y un heroico orgullo me nació allá dentro. Yo era un hombrecito que podía hacer algo serio. Mi hermanita, de meses, estaba a punto de morirse de hambre, mi madre débil y enferma no estaba en condiciones de alimentarla. Virginia, la hermana de crianza, la de grandes cuentos fantásticos, me lo había explicado aquella tarde sentados ambos en el umbral, mientras aspirábamos el fresco de la calle recién regada. Dolores podía venir dos veces al día. Mas no; tenía que trabajar y atender a sus hijos. De noche había que [illegible] a su casa. Era el atardecer. Mientras tocaban la oración, el alma del pueblo parecía elevarse hasta los cielos al son de las campanas.

Me desesperaba de no poseer mayor agilidad para realizar en menor tiempo aquella carrera. Desde aquella tarde en que conversara con Virginia, cumplía mi mandato nocturno con el fervor de un rito y no me detenía a observar si la luna rodaba o si las estrellas daban la impresión de caerse con su temblor incesante. A veces encontraba a Honorio en su casa tocando zambas y vidalas en el harpa. Pero era como si hubiera perdido el gusto por lo que rodeaba. Solamente pensaba en mi hermanita, cuyo llanto apagado, un vagido debilucho conmovía las entrañas de mi ser, sobre todo si era acompañado por el paciente y monótono canturreo de mi madre que intentaba hacerla dormir. Yo estaba seguro de realizar una noble misión y de colaborar en el sacrificio silencioso de mi madre, a quien veía todas las mañanas con los ojos enrojecidos y la cara pálida, huellas delatadoras de su insomnio y de su sufrimiento. Para mí mismo mi existencia había adquirido una jerarquía que antes no tenía. Y tomé un aire grave y me hice más reconcentrado. El mundo que me rodeaba disminuyó de importancia. Ya no me atraía la sorpresa cotidiana del cielo con sus nubes barrosas navegando en el aire límpido de las tardes de julio, ya no creía descubrir en esas nubes la manadas de elefantes de plata, ni los ejércitos de gigantes que pasaba — como yo decía — a conquistar la montaña, ni tampoco me quedaba abstraído escuchando el canto del chalchalero, música, ni contemplando el brillo tornasolado del picaflor fugitivo que de cuando en cuando venía a libar el néctar de las madreselvas que abrazaban toda la pared medianera de mi casa. Mi vida había cambiado de destino; mi razón de ser se había tornado cosa seria.

Una mañana, el ambiente del hogar se hizo mucho más grave. Mi abuela, mi madre, mis tías, las criadas, marchaban silenciosas. Virginia salió varias veces a la farmacia. Presentí la angustia del momento, no por haberla advertido en la cara inexpresiva de mi madre sino por esa pesadumbre que parecía surgir más de las cosas que de las personas. Al mediodía, frente a la puerta de la casa se detuvo el coche del doctor Mariño. Era un hombre grave y pálido, de poblada barba negra, que hablaba con voz sonora. Cuando salió, en los ojos de mi madre brillaba una lágrima.

Aquella noche vinieron a casa muchas personas que tomaron mucho café y hablaron hasta tarde. A la madrugada mi padre salió con un cajón de pino bajo el brazo, seguido de los que lo habían acompañado toda la noche.

Y desde aquel día yo volví a ocuparme del cielo.

POR

PABLO ROJAS PAZ

CUENTO POLICIAL

Matando de Sobremesa

POR

OSCAR PEYROU

ILUSTRACIÓN DE PARPAGNOLI



HAY muchas maneras de romper la monotonía de una cena aristocrática; pero la que alguien utilizó aquella noche en casa de Lord Westmore fué por demás insólita y hasta apasionante.

Ya se sabe: las cenas de la aristocracia son muy aburridas. La elección exagerada de los platos ace que al final sean siempre uales; y la monotonía se sue contagiar a los invitados, para ienes esa brillante rotación alienticia no ofrece ya ninguna moción, porque es regular como l curso de los días. Las cenas pores son mas variadas; por lo ronto, a veces no hay cena. La e ofreció Lord Westmore, de ampton House, en Berwich, parpó, como es natural, de la priera condición. Hubo, pues, ostras orny, hongos, vino francés, y la egión innumerables de platos suseptibles de dar al invitado una noción acabadamente literaria del arte de comer; pero que al espíritu sencillo lo invitan más bien, de vuelta a casa, a un enérgico "raid" hasta el restaurant más próximo.

Todos los invitados habían venido de Londres, en automóvil, menos Cynthia Manners, parienta lejana del anfitrión, que vivía en Berks, del otro lado del río.

Estaban el millonario Dr. Maugham, Mr. Albuquerque de Carrillo, diplomático sudamericano, Lord Rosebery y su esposa, Mr. Lester Vane y el secretario de Lord Cyril, Mr. Wainswords.

Mister Carrillo había lanzado dos años antes su famoso mensaje a la juventud de América. Como en Inglaterra no se lanzan mensajes a la juventud, como no sea para ordenarle que se acueste temprano, Mr. Carrillo era considerado como algo exótico, curioso, digno de ser exhibido a los amigos. Todos le preguntaban cosas de su país (con una curiosidad disimulada, como correspondía a personas tan aristocráticas) y él, halagado, exageraba la pintura, daba un poco más de verde a la vegetación, y aumentaba el volumen de los animales selváticos, entre los cuales, cerca del Amazonas, decía haber pasado su juventud.

Junto con el Dr. Maugham, era uno de los caballeros que se declaraban a Lady Cynthia cada tres meses, metódicamente. Y tenían sobradas razones para hacerlo, no ya cada tres meses, sino cada semana, porque ella era una hermosa muchacha: el perfil cortante, los ojos de brillo casi metálico, y un aire más continental que inglés. Sobre un cutis casi aceitunado se destacaba aquella noche un traje rojo, de un rojo violento. Y para ella la noche tuvo dramáticas alternativas. Lord Westmore — un hombre bajo, ventrudo, con una nariz ajudiada que le caía sobre un bigote ralo y amarillento, como oxidado — no tenía descendientes directos. Lady Cynthia en cambio había sido para él como una hija. Había resuelto, pues, transferirle una parte considerable de su forna. Quería hacerlo lo antes pole, antes que su sobrino John ggins, el heredero virtual, se enara de sus intenciones y entara alguna reclamación molesta. ckson, el abogado, había esta por la tarde y volvería al día siguiente para terminar la transferencia. Poco después de terminar la cena todas las esperanzas de Lady Cynthia se habían esfumado, a causa de un acontecimiento algo insólito como pasatiempo de sobremesa: un asesinato. Un asesinato que hubiera quedado en el misterio, si no se encuentra allí el joven Lester Vane.



Este era un joven alto, anguloso, de pelo muy negro y ojos que tenían una claridad algo extraña para su rostro moreno. Era, naturalmente, un razonador, pero no fué quizás gracias a razonamientos que encontró la clave del enigma. Conprendía más bien las cosas en bloc; y si utilizaba a veces el análisis lo hacía para ver, después de haber entendido obscuramente el caso, si los efectos correspondían a la noción apriorística en que basaba su tesis. Tenía una ocupación: el monólogo interior. Pero este orador mudo, este conferencista sin auditorio, vió esa noche, en un hervor casi inhuma, no, — como otras en que había tenido la extraña impresión de que sus pensamientos se parecían a sus sensaciones — lo que para todos era invisible y se "comunicó" con un crimen.

Pero ¿conocen ustedes Hampton House? Todos los que viajan en el North Eeastern la conocen. Está cinco minutos antes de llegar a Berwich, en la colina que domina el pueblo, hosca y pizarrosa entre el follaje. De un lado, un pequeño jardín con caminos de grava; del otro, grandes araucarias y espinos. Una terraza comunica el "hall" con el jardín. El "hall" es correcto, severo. Un cuadro de Holbeim — uno de los pocos que van quedando en las casas de la aristocracia inglesa — recuerda el primer Lord Westmore. Desde este salón se pasa al comedor por un lado y por el otro a la biblioteca. En el segundo piso hay una sala de armas y las habitaciones particulares de Lord Cyril.

La cena terminaba. Jenkins, el mayordomo — la nariz achatada, los hombros cortos que le subían hasta el nervudo pescuezo; un aire de gorila desusado en un mayordomo — entraba y salía silenciosamente.

Lord Rosebery — el amigo íntimo de Lord Cyril — parecía un poco exitado.

Tenía una cara rojiza bajo los blancos cabellos y una barba curiosamente lozana, enrulada; una de esas barbas que ahora ya no se encuentran si no es en la cara de un señor cortado por la mitad, en el interior de una vidriera cuyas letras doradas dicen: "Antoine, Postiches".

Giró la encendida nariz hacia Lord Cyril y se quedó mirándolo con los claros ojos muy abiertos, con esa dulce perplejidad sonriente que tienen a veces los borrachos. Abrió la boca pero la lengua se le trabó: le salió una palabra deforme, una palabra tarada. Entonces Lord Westmore se ajustó con parsimonia el monóculo, tosió y dijo:

—Es una buena idea... hm... es una excelente idea la del Court Club — y el humo del cigarrillo le hacía cerra un ojo — una nueva rambla de pescadores es necesaria. Dice Burnside que en ese sitio hay más pesca que en el lado Sud.

El tema de la pesca se generalizó.

★

El atardecer había sido sereno, templado — con esa acústica especial que tiene a veces el crepúsculo del campo —; pero la noche se presentaba algo más fría y desapacible. Vane y Maugham salieron a la terraza. Una ventana trascendía una vaga música de radio. Sobre el río, los arcos del puente fulgían encendidos por un gran "affiche"; haces de luz caían sobre el agua en matices cambiantes, como sobre la pantalla de un cinematógrafo. Llegó la voz suave, cantarina de Cyntia. Miraron hacia dentro: estaba bailando con Lord Rosebery. La figura envarada del Lord resultaba algo ridícula. Era un caballero tradicionalista: observaba escrupulosamente la "no man's land" de medio metro que las parejas de 1890 respetaban en el baile. Su barba se mecía en agitado ritmo. Carrillo miró con ansiedad a la muchacha, y en sus ojos mansos, bovinos, hubo extrañamente, un filoso destello. Lester y Maugham lo advirtieron y sus ojos se encontraron, como unidos por un pensamiento común. Cuando terminó el baile la muchacha los vió en la terraza y salió a su encuentro. Lady Rosebery también salió; su aire era algo más que imponente y su elegancia, famosa en otras épocas, estaba quedando ya bastante charra.

Sin saber porqué, Vane, al mirarla, pensó en el heroico corsé, librando una obscura lucha con el "superavit" de la dama.

Con el pretexto de buscar un libro, Vane entró a la biblioteca. Luego se detuvo ante un retrato de mujer pintado por Gainsborough; una gran dama de su tiempo sin duda: las facciones finas, el aire vago y desmayadizo: sobre los incandescentes cabellos, un enorme sombrero ladeado, lleno de plumas blancas. Desde la lujosa y precaria eternidad de su marco dorado, parecía contemplar con un orgullo melancólico, el salón de sus triunfos. Era tan vívida la sugestión del retrato que Vane tuvo que reprimirse para no intentar alguno de los rebuscados homenajes de la época. Habían pasado 20 minutos cuando, de pronto, fué conmovido por un terrible grito de mujer, y se quedó espantado, como si el grito hubiera partido de la misma dama del retrato. Arrojó — o se le cayó más bien — el libro que tenía en las manos, a tiempo que veía a Maugham correr hacia la escalera. Lo alcanzó y sin decir palabra subieron hasta la sala de armas. Allí encontraron a Cynthia frente al cuerpo inanimado de Lord Cyril. El doctor Maugham — que era el médico particular del noble — practicó una ligera revisión y comprobó que estaba muerto; una segunda revisión, más detenida, sirvió para constatar que existía la fractura del cráneo. En el suelo había un poco de sangre; muy poca. Todos quedaron anonadados.

—Señores — dijo Maugham con un aire solemne y tembloroso —: Lord Cyril Westmore ha muerto.

El mayordomo declaró que quince minutos antes, mientras pasaba por el corredor para dirigirse a la puerta, escuchó las palabras violentas de una discusión. Lord Cyril decía: "Es una condición ridícula; no haré semejante cosa". Como conocía su humor colérico, no le dió importancia. Cuando bajó, aún seguía Lord Cyril hablando, así que no pudo oír la otra voz.

Todas las puertas estaban cerradas. Jenkins no se había movido de la de calle en todo el tiempo, después que bajó. Maugham y Lady Rosebery habían estado en la terraza desde diez minutos antes que se escuchara el grito de Cynthia y no había visto a nadie salir para el jardín.

Cynthia, por su parte, había subido a buscar a Lord Westmore al notar su ausencia desde poco después de haber salido a la terraza.

Mientras Lord Rosebery telefoneaba a la policía, Vane y Maugham examinaron la sala de armas. Tendría unos diez metros de largo por siente de ancho.

En un extremo, cerca de la ventana había un billar. Junto a la ventana los tacos, en un armario cerrado con llave. En la pared contraria dos claymores cruzados eran una pretensión heráldica, pero inofensiva; estaban a demasiada altura para ser alcanzados. Abajo en unos estantes algunas armas y los útiles de pesca de Lord Westmore. El cuerpo de éste se encontraba de espaldas, con las piernas a un metro más o menos del billar, y la cabeza hacia la puerta.

El médico policial llegó cinco minutos antes que el inspector Whitewing, de Scotland Yard, — un hombre de pelo rojizo, grandes anteojos y mejillas sonrosadas — que estaba de paso en el lugar. El inspector Jameson, de la policía local, llegó después. Whitewing empezó sacando un sobretodo gris y dejando a la vista un traje claro, ajedrezado. Después lanzó una mirada candente a todos los circunstantes y ordenó al médico una nueva revisión. El médico, — Pemberton, Alfred Pemberton — estuvo de acuerdo con el resultado de la revisión anterior. Agregó, sin embargo, que la cabeza no parecía muy deteriorada, aunque el golpe sufrido era evidentemente mortal. Whitewing, después de sacar varias fotografías dispuso que el cuerpo fuese llevado a la central de policía. Después, ayudado por Jameson revisó prolijamente la casa. Todos los rincones fueron escrutados; todas las armas examinadas. El jardín recorrido detenidamente, pulgada por pulgada, fué tan pobre en indicios como el interior de la casa.

Lady Rosebery parecía a punto de desmayarse; las emociones de la noche la habían agotado. El noble de la barba blanca pidió permiso para retirarse y fueron acompañados solícitamente hasta la puerta por el propio Whitewing.

Vane encontró en el billar unas manchas de sangre, sobre el paño, y dos o tres cabellos. Whitewing, notando que Lester colaboraba oficiosamente en la búsqueda de indicios, se quedó mirándolo a través de sus anteojos radiantes y del humo espeso del cigarrillo.

—¿Qué piensa usted, Mr. Vane? —le dijo con su voz sonora.

—Que el autor es un fantasma o casi. — contestó el joven.

—Pero yo no he visto ninguna sábana.

—No siempre los fantasmas han de andar con sábanas.

—Aquí y en Roma — contestó el otro — los fantasmas andan de blanco.

—No; en Roma eran los senadores los que...

Pero en ese momento apareció la atlética figura de Jenkins. Venía precedido de Mr. Bottsford, gerente del Banco Clay. Antes de que llegara más gente, Whitewing procedió a una revisación personal de todos los circunstantes. Dijo que no sospechaba de personas tan calificadas, pero que era su deber cerciorarse de todo lo que pudiera concurrir al esclarecimiento.

Después ordenó abrir la caja de hierro. Se encontró un pagaré por 750 libras contra el Banco de Inglaterra, suscripto por Higgins, sobrino y heredero de Lord Westmore. Otro de 200 contra el Banco Clay fué reconocido por Mr. Bottsford como el mismo documento levantado por Lord Westmore un mes antes, en vista de la imposibilidad de Higgins para hacerlo. Un pequeño departamento, que estaba cerrado con llave especial, no pudo ser abierto.

Mientras tanto Vane examinaba la ventana abierta.

—Si alguien se larga por aquí — decía el joven, como monologando — tiene cincuenta probabilidades sobre cien de romperse una pierna. Claro que una cachiporra no puede romperse una pierna; pero el dueño tiene que salir por alguna otra parte para recojerla.

—Parece claro — interrumpió Whitewing, mientras lo palmeaba de una manera un poco molesta — el hombre saltó como un mono y después traspuso la verja.

El sospechoso Higgins no apareció. No estaba en su casa, en Berweich; en el Court Club tampoco. Whitewing ordenó entonces una investigación y encomendó a Jameson la detención inmediata del misterioso sobrino.

Cansados y aburridos por la infructuosa búsqueda todos se reunieron en el "hall. Se produjo un silencio blando, enervante. Lady Cynthia parecía muy deprimida. Mr. Carrillo, que siempre estaba resfriado, empezó a sentir un leve picor en la garganta, luego un cosquilleo suave, como de plumas, en la nariz y de pronto se soltó a estornudar. El silencioso cónclave empezó a ponerse nervioso. Los estornudos de Mr. Carrillo se volcaron en todos los tonos de la escala y en las más variadas modulaciones. Hubo uno suavecito, confidencial, que pareció un chistido; y todos se dieron vuelta. Otro alargado, bajo, severo, era como un siseo en un concierto de Tchaicowsky, cuando entra un señor arrastrando un paraguas. No quedó ninguna duda de que si Mr. Carrillo hablaba defectuosamente el inglés, su pronunciación en cambio mejoraba notablemente cuando lo estornudaba. Vane sonrió. Cynthia, nerviosa, largó una risita seca. Carrillo guardó su pañuelo y la miró perplejo, pestañeando. Después hizo describir a su cabeza una majestuosa curva y se quedó mirando hacia otro lado, ofendido.

El único que no perdió la calma fué Whitewing. Estaba sentado frente a la escalera, hundido en un sillón y envuelto en una nube de humo azulado. Parecía tener entera fe en las gestiones encomendadas a Jameson.

Pasaron 15 minutos antes que llegara, agitado.

—Imposible detener a Higgins — dijo — por la sencilla razón de que se encuentra detenido desde las once y diez (el crimen fué descubierto a las 11 y 15). Y luego: fué detenido por un "policeman" cuando intentaba arrancar letrero del Hotel Ritz. Cuando el "policeman" se le acercó, Higgins le arrancó el casco y lo arrojó al medio de la calle. El "policeman", que lo conocía como miembro del Court Club, trató de calmarlo. Le ordenó que se marchara. El simuló irse; pero después volvió y en un descuido le aplicó un puntapié. Entonces fué detenido. Eran las once y diez.

La extraordinaria casualidad volvió las cosas al estado anterior. Nuevas conjeturas fueron hechas. Lord Westmore había vivido en la India. Whitewing ordenó una revisación de antecedentes de todos los visitantes de la tarde, entre los cuales, según Jenkins, había había dos o tres tipos extraños. La idea de un crimen exótico (la joya robada en el templo de Buda concierta sobre el poseedor terribles venganzas; un misterioso cuchillo de silex, sólo empleado en la remota isla de Oceanía aparece escondido) les hizo ver, como una sugestión de viejas películas de aventuras, adamantinos rostros orientales y miradas filosas como dagas.

Whitewing los volvió a la realidad con su voz de bronce.

—Tráigame, — ordenó a Jameson — todos los detalles de la detención de Higgins.

★

Sentado en el rincón más obscuro de la biblioteca, Lester Vane meditaba. Un endeble rayo de luna filtrado entre las cortinas corridas andaba a tientas por la pared. La punta alumbrada del cigarrillo se avivaba y palidecía a instantes iguales, como marcando un ritmo a su pensamiento.

—Antes un crimen era un crimen. "Raúl de Keradec entró en la alcoba y gritó: ¡perjura! Un grito y un tiro simuntáneo se oyeron y el cuerpo de la infortunada Alina de Champfleury rodó sobre la alfombra". Después de un asesinato tan simple era lógico que el infortunado criminal se suicidara de vergüenza, de un balazo en la boca.

Ahora es diferente: el asesino estudia a su víctima; estudia el arma; organiza el crimen de acuerdo al escenario y se preocupa más de la técnica que de escapar.

Y se dió a imaginar un crimen tal como él lo hubiera cometido.

La biblioteca, cada rincón de la biblioteca, parecía corporizar un retazo de la vida de Lord Westmore. En un rincón, junto a viejos libros, a viejas revistas francesas, estaba su juventud, borrascosa, alcohólica, vivida más en París que en Londres, al estilo de Eduardo VII.

Mecido por recuerdos y sugestiones que flotaban en la penumbra, como una fragancia, fué invadiendo esa latitud del misterio, esa zona neblinosa que lo atraía como una fuerza magnética: el crimen:

Habrían pasado veinte minutos cuando salió a la terraza. El frío había recrudecido. Nubes rampantes que venían del Sur casi ocultaban la luna. Del lado de Berwich el cielo parecía haberse descargado en lluvia.

Vane miró hacia el puente. Sobre el hosco fondo de la noche brillaban las letras del "affiche". Se quedó un rato, con sus ojos claros, inexpresivos, fijos en el letrero. Después su rostro enrojeció un poco; hizo con sus dedos un cliqueteo nervioso y volvió a entrar, sin reparar en Maugham y en Carrillo, que lo miraban como a un loco. El letrero decía. "Ninguna rueda es más fuerte que su rayo más débil". El resto no se percibía.



Adentro Whitewing seguía con entusiasmo buscando nuevos indicios. Estuvo revisando con detenimiento por centésima vez, todos los objetos susceptibles de matar un hombre. Vane se puso a ayudarlo pero produjo un efecto más bien cómico, porque buscaba en lugares increíbles y se detenía en objetos no ya susceptibles de matar un hombre, sino ni siquiera un niño de pecho. Parecía Chaplin cuando busca un hombre debajo de una alfombra. Pero no encontraron nada de importancia.

Después, tratando de no ser visto, se dirigió al teléfono y estuvo hablando un instante. Whitewing, por su parte, había conversado con Jameson y citó a Vane y a Maugham en la biblioteca.

Haciendo esfuerzos para atemperar su voz dijo:

—Creo que el crimen está aclarado, señores. Antes de darles el nombre del culpable voy a confiarles el razonamiento que me ha permitido formular esta hipótesis. Necesito rectificar algunos detalles y ustedes pueden ayudarme. En todas las investigaciones que he realizado — recuerden ustedes el caso de Schumacher — me he preocupado ante todo de la persona. El estudio psicológico, el análisis de sus intenciones, de sus vacilaciones, me han permitido muchas veces aclarar un crimen. Confieso que en este caso, observándolos a ustedes, no he podido encontrar el menor dato que me pudiera dar margen a una construcción cualquiera. Pero no me ha pasado lo mismo en cuanto a Higgins.

—Nadie puede estar en dos partes a la vez — interrumpió Maugham con un tono aforístico —. Fué detenido a las once y quince y el crimen fué descubierto a las once y diez.

—Sí — prosiguió Whitewing —; pero no es esto lo que me ha hecho pensar. Me ha llamado la atención la manera curiosa en que fué detenido. Es decir, — volviendo a la persona — la manera curiosa de conducirse Higgins. ¿Es lógico que una persona quiera arrancar el letrero de un hotel porque la sopa de tortuga que le sirvieron la noche anterior no era de tortuga? ¿Es lógico que al intervenir un "policeman", en vez de explicarse se muestre preocupada por conseguir la hora exacta, aduciendo que tiene un compromiso en el Court Club? ¿Por qué le arranca después el casco al "policeman"? ¿Por qué lo provoca finalmente? ¿No estaba tan apurado?

—Es claro — dijo Maugham que empezaba a entender las sugestiones implicadas en las preguntas de Witewing —; nadie esume actitudes tan contradictorias.

—Sin embargo, un borracho... — objetó tímidamente Vane.

—...un borracho bastante lúcido — concluyó el rojizo detective. Y luego, con decisión: Higgins cometió el crimen para que la fortuna de Lord Westmore pasara íntegra a sus manos. Pero sabía que inmediatamente sería sospechado, y comprendió que su problema principal era la coartada. Y entonces imaginó la mejor coartada, la coartada oficial; hizo que la policía certificara su permanencia a la hora del crimen en un lugar opuesto de la ciudad. Los cinco minutos que empleó en un automóvil hasta el hotel debieron pasar desapercibidos — de acuerdo a su lógica — en ese espacio de media hora en que el crimen debió producirse. Pero tropezó con un "policeman" muy complaciente que lo obligó a hacer cosas ilógicas antes de detenerlo.

—Y con un detective muy sutil — agregó Vane halagándolo.

Cuando Maugham se marchó para comunicar la noticia a Lady Cynthia, Whitewing llamó a Jameson y le preguntó si había detenido al presunto conductor del automóvil empleado por Higgins.

—Todavía no — contestó el ayudante — pero ya se tienen las señas del auto que paró frente al hotel.

Cuando Whitewing salió, Vane se quedó solo; pero no habían pasado cinco minutos cuando Waismords — el secretario de Lord Westmore, en quien nadie había reparado porque era casi invisible de insignificante — se le acercó.

—Mister Vane — le dijo con una vocecita chillona, sin saber qué hacer de sus manos, como los malos actores —: tengo que confiarle una cosa muy grave. Whitewing no le dijo hace un rato toda la verdad. En realidad sospecha también de usted.

—¿Sí? — dijo Vane con animación, agradablemente sorprendido que lo pensaran capaz de un buen asesinato —; pero ¿por qué entonces me habló de Higgins?

—Sabe que usted es íntimo amigo de Higgins, se lo dijo Lord Rosebery antes de retirarse. No lo descarta a Higgins, por supuesto; pero pensé probarlo a usted por las dudas. Pensó que usted en caso de tener algo que ver se entusiasmaría con la hipótesis que le comunicaba, demostrando así el interés que tiene en alejar las sospechas.

—Eso es creerme muy estúpido —contestó el joven —; en todo caso yo hubiera negado rotundamente la hipótesis, que es lo mismo, pero algo más sutil.

Cuando Whitewing volvió a encontrar a Vane lo miró de un modo extraño.

—Hace un rato — le dijo — lo vi buscando indicios de una manera algo rara, ¿tiene usted una idea del crimen?

—No tiene importancia, ahora que el crimen está aclarado. Pero ante la insistencia del detective el joven continuó: yo partí, al contrario de usted, de un punto de vista impersonal. Pensé que había cierta diferencia entre subir y bajar, entre volar y caer. Si alguien podía largarse desde cuatro metros de altura, tenía primeramente que haber subido. Y la forma de la pared no permite ésto fácilmente. Además, si Lord Cyril sorprendía a alguien en su pieza no hubiera aceptado una discusion, habría llamado, y al ser agredido habría gritado. Pensé entonces que el criminal estaba en la casa, y para entender yo mismo el caso no me puse en el punto de vista del policía sino en el del asesino. Pensé en sus problemas: sin duda el principal era el del arma, no solamente respecto de Lord Cyril sino en cuanto a su ocultación. Ahora bien: es claro que si Lord Cyril veía a alguien con un arma frente a él habría gritado aunque el otro fuera un invitado. Quedan, escuche bien, dos hipótesis: que el hombre después de la discusión haya pasado atrás de Lord Cyril y lo haya atacado por la espalda; en este caso no necesitaba elegir de manera especial el arma; pero nosotros la hubiéramos encontrado en nuestra prolija revisación. La otra hipótesis es que el criminal no necesitara esconder el arma, porque ésta no tuviera apariencia de arma. Pero, para que una cosa no tenga apariencia de arma tiene que ser a la vista manifiestamente incapaz de producir una lesión grave. En este caso o es un arma disfrazada — que no es el caso, porque aún así la hubiéramos encontrado — o es un objeto evidentemente inofensivo, solo peligroso en virtud de alguna circunstancia especial. Esta circunstancia tiene que ser ofrecida por la víctima, necesita su colaboración. Aquí me tranqué; porque no comprendía cuál podría ser aquella circunstancia. Por eso encargué al doctor Pemberton una revisación especial.

—Muy bien, muy bien — dijo Whitewing, jovial, animándolo con unas amistosas palmaditas en la espalda —; usted tiene una teoría curiosa.

En ese momento Jenkins salió a la puerta y volvió con Pemberton. El joven conversó un instante con el médico y luego llamó al detective.

—Lamento comunicarle que tengo la versión exacta del crimen — dijo mientras se dirigía a la biblioteca.

—¿Basada en la lógica? — preguntó Whitewing y lo siguió, caminando con un plato.

—Basada en la lógica y en el arma — replicó el joven y entró en la biblioteca. Volvió manifestando un pedazo de caña de pescar, es decir, la parte inferior y más gruesa de una caña de pescar.

—No tengo tiempo para bromas —gritó el encendido detective agitando su flagrante cabeza. Pero la segura mirada de Vane lo hizo vacilar.

—Recién le dije algo de mi teoría, que puede usted llamar "del arma invisible", porque paso delante de ella veinte veces sin verla, — agregó el joven impertubable —; ahora le voy a decir el resto. Pero necesito que esté Lady Cynthia.

Vane ordenó que la buscaran.

—Lady Cynthia se ha retirado —contestó el mayordomo.

Se había puesto a llover despacio. A través de la ventana la figura del "policeman" que cuidaba la puerta del jardín se fué nublando, como en un levísimo "flou".

Mister Carrillo se acercó. Las emociones de la noche habían tenido un efecto curioso. Mientras



al correcto Vane habían terminad por excitarlo haciéndolo gesticular a veces como un meridional al sudamericano, en cambio, le habían otorgado la solemne gravedad de un Lord.

Lady Cynthia tardaba. El detective parecía nervioso. Por fin l puerta se abrio y apareció ella Estaba pálido y el insomnio subrayaba sus brillante ojos negros

—Escúchenme ustedes — dijo e joven —: el doctor Pemberton h practicado, por encargo mío, análisis de los huesos del cráne de Lord Cyril. Ha encontrado qu padecía un reblandecimiento pronunciado. ¿Cómo es el nombr técnico doctor? Bueno; no importa El caso es que cualquier objet no muy duro podía producir a Lord una lesión terrible.

Esta noche un hombre solic por centésima vez la mano de L dy Cynthia (ella asintió leveme te); nunca había perdido las e peranzas porque contaba para convencerla con su enorme fortuna Ella vacilaba siempre. Pero est noche, después de conocer la decisión de Lord Cyril se vió dueñ de una fortuna. Vió toda una vida viajes, libertad, todo lo que pued ambicionar una mujer moderna si el sacrificio de un matrimonio d conveniencias. Le contestó, pues que no. El comprendió, entonces l unica solución: que ella no recibiera esa fortuna o que la recibiera con ciertas condiciones. Dispuesto a todo decidió intentar antes lo segundo. Lord Cyril estab sacando sus útiles de pesca par mostrarlos a los invitados. El subió. Llevó la conversación al punto interesante. Contó que habí sido rechazado; luego, como ami go de tantos años, pidió a Lor Cyril que interviniera ante la joven, o que pusiera como condició en el documento que iban a redactar mañana que Cynthia se casara con él. Lord Westmore se negó, con las palabras que escuch Jenkins. El hombre tenía en su manos la parte más gruesa de un caña de pescar, de esas que se juntan para formar una sola. Lor Cyril quizás lo agredió. Pero e hombre vió, como en un relámpago, — o lo había visto antes — que era poseedor de un terribl secreto. Tenía en sus manos u arma, un arma que sólo matab a Lord Cyril y que era invisibl como tal antes y después del crimen. Lo golpeó una vez y Lor Cyril cayó; luego siguió golpeando hasta partirle el cráneo. Limpió rápidamente el arma sobre e paño del billar y la dejó en su sitio; luego abrió la ventana par hacer creer que alguien había salido y volvió a la terraza.

Bueno — dijo Witewing — ¿pero quién es el hombre?

Se produjo un silencio tirante como si toda la casa fuera de cristal.

—El único que podía saber l enfermedad de Lord Westmore: su médico: el doctor Maugham.

Todos buscaron a Maugham.

—Es inútil — agregó Vane —; hace un rato, en la terraza, me miró de un modo extraño; pensó quizás que ese famoso letrero luminoso podría inspirarme una hipótesis. Después ya no le quedaron dudas y lo vi, por ese espejo cuando escapaba, hace un rato.

—¡Por qué no lo detuvo! — vociferó Whitewing, mirándolo c truculencia.

—No irá lejos; además, yo soy un policía.



Elija Vd. su Asesino. Es Uno de Estos Diez Personaje

Una Vieja Biblia

POR

RICARDO SETARO

ILUSTRACION DE

CUANDO un hombre se dedica a escribir y a publicar en diarios o en revistas lo que escribe, para sacar provecho de ello, y llega un momento en que necesariamente debe publicar algo, pero no tiene qué, hace lo que voy a hacer ahora, transcribiendo una carta que me ha llegado, de alguien que tiene mucha predisposición para escribir. Esa carta, que me va a ahorrar lo que tengo que escribir para ganarme lo que necesito ganar escribiendo, dice lo siguiente:

"Estimado señor Setaro:

"Mi tío Hércules tiene ahora setenta años, de modo que en ninguna forma podría haber vivido él en el año 1850, no obstante lo cual, por la singular estimación que profeso a sus canas, al blanco de sus canas, por lo de años transcurridos y vida vivida de que hablan esas canas de blanco tan vivo, nunca le he dicho mis dudas cuando, de tiempo en tiempo, se me acerca y con aires de complicidad, que me halaga, me propone que escriba la historia de aquel caballero liberal inglés que un día entró en la librería de Wood y Wilson, en Londres, a comprar una biblia, una flamante biblia, recién impresa por la Sociedad Americana de Librerías, biblia esta que, por lo mismo que mi tío Hércules tiene los cabellos blancos, está ahora amarillenta, tiene las tapas carcomidas por la polilla y en otras partes donde las polillas no la han carcomido, humedad de que se advierten los efectos en cierto tono verde que ahora asume la negra tela de la encuadernación. Mi tío dice que esa humedad no es la de las paredes de las casas viejas, construídas sin protección contra las filtraciones de agua, en que suelen estar recostadas las viejas bibliotecas, sino la que quedó en la vieja biblia por circunstancia de haber flotado sobre las aguas del mar hasta ir a posarse en la arena de la playa de Montevideo, donde él la encontró, enterándose así del destino del caballero inglés que, en su presencia, había ido a comprarla en la librería de Wood y Wilson, en Londres, poco más o menos allá por el año 1850.

"Yo pienso que mi tío debe estar un poco trascordado de fechas y de lugares, por culpa de haber vivido tantas fechas y haber visto tantos lugares, pues en ninguna forma podría él haber estado en 1850 frente al escaparate de los libreros Wood y Wilson, de Londres. En primer lugar, porque mi tío no había nacido aún en 1850, y además, porque recién lo llevaron a Londres catorce años después, cuando él acababa de cumplir los diez, que es una edad en que los niños que estaban en Londres no miraban mucho las biblias de tapas negras de los escaparates de las librerías, sino que se interesaban por los folletines que en cuadernillos vendía el señor Dickens, donde había muchas cosas que les gustaba leer a los niños. Sin embargo, así como yo me imagino que es lo que hacían los niños que se paraban en 1850 frente a los escaparates de las librerías de Londres, sin haber estado presente y sólo por causa de los sucesivos recuerdos que tienen los hombres y que se van ...sando de uno ... hasta ...los ... ...n de ...ron la misma seguridad que lo hicieron los primeros que las habían visto, es posible que mi tío no hubiera estado presente cuando el señor inglés compró la biblia en la casa de Wood y Wilson, pero que recordara cómo entraban a comprar libros los hombres en aquel entonces (un poco después de 1850) y con el pasar del tiempo, por acordarse tantas veces de ello, llegara a creer que era cierto que había estado presente cuando fué comprada una biblia que él encontró sobre la arena de la playa de Montevideo.

"Lo cierto es que mi tío siempre está abriendo y leyendo en esa vieja biblia y que cada vez que me sorprende escribiendo, lo que he advertido que le gusta mucho que yo haga, viene y como si cometiera alguna acción prohibida o contraviniera disposiciones de mis padres, observa si ellos están cerca y pueden oirle, y me propone que escriba la historia de ese caballero inglés. Lo curioso es que lo único que yo sé es que un caballero inglés, que hasta ese momento había sido siempre liberal y ateo, y dedicaba todo su tiempo para leer en enterarse de lo que se había descubierto que era falso de cuanto estuviera escrito en la biblia, entró un día a la casa de Wood y Wilson, en Londres, y compró una flamante biblia. Años después, una tarde que mi tío andaba paseando por la costa de Montevideo (nunca ha querido decirme por qué andaba paseando por la costa) encontró sobre la arena algunos restos de lo que debieron ser provisiones de un barco, una caja de galleta, unos cordajes, y entre ellos y húmeda como los mismos cordajes, la biblia impresa por la Sociedad Americana de Librerías, que vendían los libreros Wood y Wilson, en Londres. Esa biblia, observada detenidamente, tiene las tapas y las hojas con una vieja humedad, y sobre el amarillo de éstas se lee: 'De Mary a John, mi adorado capitán'. Debajo de la dedicatoria hay una firma muy borrosa, y más abajo aún, con otra letra, están marcados los números de unas páginas, que son aquellas donde la biblia contiene los pasajes que los capitanes leen a los pasajeros, cuando los pasajeros son una pareja que se quieren casar a bordo.

"De todo esto yo no cazo argumento ninguno que pueda servirme para escribir un cuento o una novela, como quiere mi tío, y es por ello que le le escribo a usted, a quien no conozco, pero de quien he leído algunos cuentos que me han gustado y que sabe cómo deben aprovecharse las cosas para que sirvan de argumento para un cuento y me indique qué camino debo seguir.

"Comprenderá que el interés personal mío no va más allá que la satisfacción del deseo de mi tío. Si usted viera las canas que tiene mi tío, comprendería por qué quiero escribir ese cuento, conformándolo al cubrir esa aspiración suya que siempre me repite. Agradecido, un asiduo lector suyo".

Terminada la carta, que me ha dado la oportunidad de ahorrarme el trabajo de escribir lo que debía, para cobrar el importe correspondiente a esta colaboración, noté asimismo con satisfacción que ella implícitamente contiene la respuesta al joven admirador que me ha escrito, y así se lo digo, agradeciéndole su gentil concurso.

Peloponeso y Jazmín  por Hamlim









































